

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

Philadelphia express

joe mogar



Una corista aparece muerta, arrojada del tren camino de Filadelfia. El hermoso cuerpo de Babs aparece magullado por los golpes y un orificio de bala en la frente. La última persona con la que tuvo contacto, el investigador privado Pool Freeman, se siente responsable indirectamente de la muerte de la muchacha, a la que durante unos días acogió en su apartamento, e inicia por su cuenta y riesgo, la investigación de los autores del salvaje crimen.

Todo se complica, al recaer sobre él mismo las sospechas de la policía, al desaparecer del club, donde trabajaba la chica, la sustanciosa cantidad de ciento cincuenta mil dólares. Su despacho es destrozado y concienzudamente registrado en busca del dinero, por manos desconocidas que persiguen su localización. Para complicar, aún más la situación una nueva muchacha llamada Dinorah, que dice ser amiga de Babs, se instala en el apartamento de Pool.

La investigación se centra en su entorno, en la gente que le rodeaba, en los conocidos con los que alternaba y los asiduos al club. Todos los que trabajaban con ella son sospechosos. Una lenta y cuidadosa labor, paciente y meticulosa. Un detalle de aquí otro de allá, una coartada que confirmar, pistas que descartar. El resultado final le lleva a un inesperado desenlace donde los celos y la codicia son los principales motores, y donde cada personaje de la trama toma su verdadera dimensión.

Sinopsis extraída: <https://bolsilibrosblog.blogspot.com.es/>



Joe Mogar

Philadelphia *express*

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1077

ePub r1.0

Lds 03.03.18

Título original: *Philadelphia express*

Joe Mogar, 1971

Cubierta: Antonio Bernal

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Llegaba al primer descansillo de la escalera cuando la llamé.

—Babs...

Se volvió como una fiera, con la pequeña maleta en la mano, su boina blanca sobre la bella y altiva cabeza y sus grandes y azules ojos me asaetaron mirándome fijo, muy fijo.

—¿Sí..., Pool...?

Vacilé unos segundos mientras a mi boca subía la frase que deseaba decir, pero no la pronuncié.

—¿Puedo saber a dónde irás?

La sonrisa que había en su boca de labios rojos y sensuales se esfumó.

—A Filadelfia —respondió—. Tengo familiares allí. Te... te escribiré tan pronto llegue o cuando encuentre una colocación. Adiós, Pool.

Me volvió la espalda y continuó descendiendo, sin volver la cabeza, y quedé allí, con mis ojos fijos en su bella figura, que la minifalda hacía más provocativa, más deseable, hasta que la perdí de vista cuando llegó el segundo descansillo.

Entonces me volví en redondo y entré.

Ya en el *living*, lancé una mirada alrededor.

Era absurdo, pero el apartamento se me presentaba extrañamente vacío, extrañamente silencioso.

Fue entonces cuando comprendí que había cometido un error, pero ya era demasiado tarde para rectificar, por lo que me acerqué al pequeño bar instalado en uno de los extremos y me preparé un *whisky*.

Cuatro o cinco minutos más tarde lo paladeaba sentado en uno de los sillones, en tanto que mis pensamientos iban a Bárbara Ricks,

y al día en que llamó a mi apartamento.

No la quería allí, y si la dejé fue por...

Bueno, en aquel momento aquello no importaba mucho, ni siquiera nada; sólo interesaba una cosa: que se había ido y que sin saber por qué la echaba de menos a pesar de que entre nosotros no había sucedido nada; ni siquiera un simple beso, fiel a la palabra que le di tan pronto como la vi cruzar el dintel de mi puerta.

Terminé con el *whisky* y lentamente me puse en pie, crucé al otro lado, entré en mi dormitorio, tomé la «Magnum» con la funda y las correíllas, coloqué toda aquella chatarra bajo mi axila izquierda, me puse la americana, me arreglé el nudo de la corbata y salí.

De pronto me vi conduciendo hacia la Calle 13 Este, donde tenía instaladas mis oficinas. Detuve el coche frente al número 890 y tomé el ascensor hasta el decimoquinto piso.

Abrí la puerta y entré.

Vací, exactamente como lo estaba mi apartamento, y fruncí el ceño, pensando por primera vez si es que me había enamorado de una chica como Babs, y no supe qué contestarme.

No por el momento.

Sin lanzar una mirada al despachito que un día un tanto lejano preparé para una problemática secretaria con minifalda o en bikini, pongo por caso, abrí la encristalada puerta que daba al mío, y me detuve en seco, bajo el dintel, mirando a mi alrededor, porque aquello, para mí, no tenía explicación posible.

Era... como si lo hubiera devastado un huracán.

Incluso los cuadros que había colgados de la pared habían sido arrancados y destrozados.

Los papeles que tenía sobre la mesa estaban esparcidos por el suelo y volcados los cajones, cuyo contenido, también en el suelo, hacían juego con aquellos papeles que hablaban por sí mismos de que como detective privado, desde el día en que se me ocurrió solicitar la licencia para ejercer, hasta el momento presente, era una completa nulidad..., aunque debido a lo que tenía delante de mis ojos, el rompecabezas que aquello significaba, si lograba resolverlo, quizá me obligara a rectificar la pobre opinión que tenía de mí mismo, y conmigo, la de la Policía Metropolitana de Nueva York.

Fue entonces cuando recordé al teniente Dick Barris, del Departamento de Homicidios.

Entonces crucé el umbral y lentamente me acerqué a la mesa.

Miré al teléfono.

Por lo menos, los cables no habían sido cortados.

Me senté en el sillón y una vez más lancé una mirada a mi alrededor.

Inexplicable por completo.

Lentamente, vacilando, alargué la mano y tomé el auricular, lo levanté, y tras una nueva vacilación, empecé a discar.

—Policía...

—Mi nombre es Pool Freeman —interrumpí—. Quiero hablar con el teniente Barris.

—Espere un momento, Freeman.

Lo hice, hasta que oí su voz.

—¿Pool...?

—Sí, así es —dije.

Su voz sonó burlona cuando preguntó:

—No me digas que ya has encontrado algo para uno de tus famosos casos, ¿no?

Maldije entre dientes y le oí reír.

—Oye —dije, cuando mis maldiciones y su risa terminaron—, ¿por qué no te das una vuelta por aquí tan pronto puedas?

Al responder, su voz tenía una curiosa nota de cautela.

—¿Por tu oficina...? —preguntó—. ¿Por qué?

—Creo que tengo algo para ti.

—¿Y es...?

—Te lo diré cuando llegues.

Colgué sin esperar respuesta, me recosté contra el respaldo del sillón.

Cerré los ojos. Pensaba.

Y no lo hacía en lo que tenía frente a mí mismo, sino en Bárbara Ricks.

No llamó, tampoco le oí entrar, sólo que cuando los abrí, le vi allí, frente a mí, recostado contra el marco de la puerta, observándome en silencio y sin una sola sonrisa.

Simplemente, señaló la devastación que había a mi alrededor y preguntó:

—¿Era por esto por lo que me llamaste, Pool? Me burlé un poco.

—Eres un tipo inteligente, Dick, y, por tanto, te agradeceré que

me digas qué significado puede tener para la policía.

—¿Tú no lo sabes?

Con un gesto le indiqué que se acercara y que se sentara frente a mí.

Lo hizo sin dejar de mirarme.

—No —respondí.

—¿No...?

Sin hacer caso, proseguí:

—Vine directamente de mi apartamento, entré y me encontré con todo esto, exactamente como lo ves.

Hizo una mueca.

—¿Estás investigando algo, Pool?

Mi sonrisa fue la del conejo cuando contesté:

—¿Investigar...? No conozco a ningún marido infiel cuya mujer desee comprobarlo, y, por otra parte, el portero del edificio donde tengo mi apartamento no ha perdido el perro y su esposa el gato. ¿Qué puedo investigar, sabueso? —Hice una pausa sin que me interrumpiera y proseguí, en vista de que no era así—. Esto es lo que voy a tratar de investigar, Dick.

No me respondió, de momento.

Primero extrajo el paquete de cigarrillos, me lo lanzó a través de la mesa, encendí uno, él hizo lo propio y entonces preguntó:

—¿Dónde está, Pool?

—¿Dónde está quién?

—Bárbara Ricks. Sabemos que después de aquella redada, ella fue a tu apartamento. Arqueeé una ceja.

—Estás tratando de decirme que Babs y este registro es todo una misma cosa.

—No..., por lo menos aún no, ¿comprendes?

—No, no te entiendo.

Calló, mirándome fijamente, y finalmente confesó:

—La verdad, Pool, es que yo tampoco lo sé... Es una simple sospecha.

Me miró con el gesto más inocente del mundo y frunció el ceño.

Le conocía sobradamente para saber que aquella expresión encubría otra cosa.

Algo que deseaba decirme, pero que soltaría en el momento más conveniente para él y sin que nadie en la tierra pudiera evitarlo.

Le salí al paso.

—Suéltalo de una vez, Dick —dije—. ¿Quieres?

Abrió mucho los ojos y sonrió.

—Según tú, Pool, ¿qué es lo que debo soltar?

—Eso que guardas dentro de la manga.

—¿Yo...?

No respondí, continué fumando, y el silencio entre los dos se hizo largo y espeso.

Un silencio que el propio Barris rompió.

—Esa chica, Pool.

—¿Qué chica?

—Bárbara Ricks. Era una corista, cosa que tú sabes, ¿no?

—Sí; pero eso, ¿qué tiene que ver...?

—Espera y lo sabrás, pesquisa inteligente —me interrumpió. Hizo una pausa que no interrumpí y agregó—: Los soplones están comentando que de alguna parte faltan ciento cincuenta de los grandes, ¿entiendes?

—Todavía no —dije, calmosamente.

Y no me sorprendí cuando se puso a maldecir, por lo menos en cuatro idiomas distintos, incluyendo el inglés, que era el nuestro, claro.

Luego, un poco más calmado, prosiguió:

—Tu chica pudo hacerse con ellos, Pool.

—Babs no era mi chica, y me gustaría que me creyeras. La conocí en el club y... se quedó sin empleo. Vino... sólo para estar unos días, por lo menos hasta que encontrara una nueva colocación..., como así fue.

Su ceño se frunció violentamente.

—¿Dónde está? ¿En tu...?

—Se marchó esta mañana.

Su ceño se arrugó aún más.

—¡Cuernos, Pool! —estalló—, ¿quieres explicarte de una vez?

—Nada tengo que añadir a lo dicho, polizonte —contesté—. Nada, salvo que se fue esta mañana. Dijo que iba a tomar el *Philadelphia Express* hacia esa capital. Allí tiene familiares.

—¿Estás seguro, Pool?

Ahora fue mi ceño el que se frunció.

—Yo no estoy seguro de nada, Dick —repliqué, un tanto

secamente.

Se puso en pie, miró alrededor y espetó:

—Ten cuidado o terminarán contigo, ¿entiendes?

—¿Quiénes? —pregunté—. ¿Los que han hecho esto?

No contestó a ninguna de mis dos preguntas, sino que dijo:

—Quisiera preguntarte algo, Pool, y espero que me contestes con la verdad. ¿Puedo?

—Suéltalo, ¿quieres?

—¿Dónde los tienes, muchacho?

Entrecerré los ojos.

—¿Dónde tengo el qué?

—Esos cincuenta mil dólares. La chica te los dio, ¿verdad? Es... algo que no pertenece ni al fisco ni a robo alguno. ¿Dónde, Pool?

Le imité y ambos quedamos frente a frente, observándonos en silencio, hasta que lo rompí con una maldición.

Después, dije:

—No sé lo que estás tratando de insinuar, pero sea lo que fuere, no me gusta, teniente.

—¿No...?

—Desde luego, no. ¿Algo más? Vaciló.

Dudó mucho, por espacio de largos segundos, hasta que finalmente exclamó:

—Mi idea y luego de esto —dijo, lanzando una nueva y penetrante mirada a nuestro alrededor—, es que ellos están buscando esos dólares, y los buscan aquí, Pool. Vamos, muchacho, ¿por qué no me dices dónde los guardas y nos ahorramos molestias?

Luchando conmigo mismo para no perder la paciencia y, por tanto, para no mandarle al infierno o a otro lugar más o menos feo, respondí:

—Por la sencilla razón de que no sé de qué me estás hablando. Está claro, ¿verdad? Bien; si lo está, huelga que te diga que tampoco sé dónde se esconden esos dólares que, según tú, pero que yo no vi en modo alguno, llevaba consigo Bárbara Ricks.

—Es eso lo que...

—Exactamente todo lo que puedo decirte, teniente. Bárbara se fue... y el primero en lamentarlo soy yo. Ella... deseaba quedarse en mi apartamento, conmigo, pero... pero no quise, y ahora la echo de menos..., que es lo más curioso, teniente. —Y añadí, al cabo de una

corta pausa—: ¿Algo más?

Estaba cerca de la puerta de salida cuando contestó:

—Nada más, Pool, pero cuídate, si como sospecho sabes dónde están esos dólares.

—¿Por qué he de saberlo?

—Ésa es una pregunta que no me tendrás que formular a mí.

Me encogí de hombros.

Sus palabras, hablando con propiedad, eran chino para mí.

Fui a responder, pero no pude. Dick Barris, teniente del Departamento de Homicidios de Nueva York, acababa de cruzar la puerta y estaba cerrando a su espalda con sospechosa suavidad.

Abrí el cajón central de la mesa, tomé la botella y bebí un largo trago de *whisky* sin preocuparme de ir a buscar un vaso.

Pensaba.

Una vez más en Bárbara, pero ahora a mis pensamientos añadí algo más: un nuevo nombre; el de John Stivell, dueño del Ancla de Oro, uno de los clubs nocturnos más caros de Broadway, cerrado por la policía, lo que dio motivo a que Babs fuera a mi apartamento.

Babs, a la que conocía de allí, del club, y con la que había tomado más de una copa, pero nada más.

Extrañas que son las mujeres.

Guardé la botella, me puse en pie, abandoné la oficina y de nuevo me vi en la calle.

Empuñé el volante y conduje hasta la Calle 17, donde busqué un pequeño

snak-bar

, y allí consumí dos latas de cerveza y tres bocadillos de hamburguesa.

Al terminar, ya sobre la acera, sin hacer caso del bullicio de peatones que circulaban en ambos sentidos de la acera, dudé entre ir de nuevo a mi oficina o largarme a cualquier cinematógrafo mientras ideaba el modo de ponerme en contacto con Stivell, antes de que él me mandara a uno o varios de sus «torpedos», si es que debía hacer caso a las palabras de Barris. La oficina.

Había un coche estacionado frente a la puerta del edificio donde la tenía instalada.

Un automóvil que yo conocía demasiado bien.

Con el ceño amenazando tormenta, descendí del mío y me

acerqué.

Miré al interior justo cuando el conductor levantaba los ojos hacia mí, se sobresaltó un poco y a continuación sonrió:

—El teniente acaba de subir a su despacho, Freeman —dijo.

—Es lo que estaba pensando —respondí.

Y por unos instantes tuve la idea de preguntarle si sabía para qué, pero me lo guardé para mí mismo.

—De acuerdo, gracias —fue lo que dije.

Di media vuelta, crucé la acera, entré en el portal, y en aquel momento oí el ruido que hacía el ascensor al descender hacia la planta baja.

Me detuve y esperé:

Era Barris.

Su rostro serio, delgado y enjuto, de pómulos un tanto salientes y de helados ojos pardos, no cambió de expresión cuando me vio.

—Hola, Pool —dijo, secamente— ¿vienes?

Le miré con asombro.

—¿A dónde? —pregunté.

—A dar un paseo.

Aquello no era decir nada, pero una vez más, guardé en mi interior aquella opinión.

—¿Vienes? Tengo una sorpresa para ti. No respondí, me limité a asentir en silencio, y ambos subimos al coche policial.

Y me encaré cuando dio la dirección:

—A la estación de la 30th Street —dijo.

Le miré, pero no añadió nada más.

El coche se puso en marcha usando la sirena, por lo que procuré serenar los nervios.

No sabía a ciencia cierta qué clase de desagradable sorpresa iba a darme, pero una idea estaba tratando de abrirse paso en el interior de mi mente sin conseguirlo.

No hablamos en todo el trayecto.

Y fue Barris el que rompió el silencio tan pronto como llegamos.

—Por aquí, Pool.

Me tomó del brazo, empujándome, y entramos en la estación.

La enfermería.

—Pasa, Pool.

Una vez más, di la callada por respuesta.

Una sala, tres o cuatro mesas de mármol blanco, no lo recuerdo bien, y en una de ellas, un bulto tapado con una blanca sábana oliendo a fenol.

Lentamente, como atraído por una fuerza muy superior a mi propia voluntad y sin que el teniente me lo indicara, empecé a acercarme, sabiendo ya qué es lo que iba a ver tan pronto como tirara de la sábana.

No me equivoqué.

Bárbara Ricks estaba debajo, con un balazo en medio de la frente y el cuerpo lleno de magulladuras.

Volví los ojos hacia el teniente.

—¿Cómo ocurrió? —pregunté.

Y mi voz era ronca.

—¿No lo sabes? —preguntó a su vez.

Entrecerré los ojos.

—Escucha ele una vez por todas, Dick —contesté—, si tienes algo contra mí, dilo de una vez. No me gustan los subterfugios, ¿comprendes?

Sus ojos se helaron.

—Esa chica, Babs, ha muerto asesinada, ¿entiendes? La mataron en el interior del Philadelphia *Express*, y luego la arrojaron fuera, por la puerta de un vagón o por una de las ventanillas del departamento donde viajaba. Por lo menos, ésas son mis sospechas, y lo hicieron a] causa de esos dólares. —Hizo una pausa, en el transcurso de la cual no dejó de mirarme ni un solo segundo, y prosiguió—: Dámelos, Pool, y te ahorrarás complicaciones. Cierto que no te los puedo pedir de un modo oficial, ya que no existe denuncia alguna, pero Stivell se está moviendo rápidamente.

—¿Quieres decir que ese asesinato...?

—Son sólo sospechas, Pool..., y con eso no vamos a ninguna parte. Stivell tiene un buen motivo si, como sospecho, esos dólares son suyos, y todo lo hace presumir así, exactamente lo mismo que lo relacionado con Bárbara, y su muerte, hace que mis sospechas se afirmen más y más. ¿Dónde los tienes, Pool? Ciento cincuenta mil dólares no valen lo que el pellejo de un hombre ni...

Le interrumpí con un gesto y con una pregunta:

—¿Nos vamos, Dick? —Pero que...

—La respuesta es la de otras veces. Métete en la cabeza que

nunca supe nada de esos dólares hasta el momento en que tú me lo dijiste, y dirige tu artillería pesada hacia otra parte. —Stivell...

—Como tú mismo has dicho, son sólo sospechas que no conducen a parte alguna..., pero si fue Stivell el que la mató...

No terminé.

Entre otras cosas, porque no me daba la gana.

Por fin salimos, en silencio, los dos, sin mirarnos, mientras que en el interior de mi mente los pensamientos me asaltaban en tropel.

El resto de la tarde hasta el anochecer lo pasé tratando de localizar a John Stivell, pero no lo conseguí, por lo que, un tanto decepcionado, conduje lentamente hacia el edificio donde tenía instalado mi apartamento.

Me estaban esperando, pero yo no lo sabía.

CAPÍTULO II

Vi a la muchacha apenas abandoné el ascensor.

Alta, felina, elegante, llena de graciosas curvas..., curvas de pantera o de gata de Angora.

Minifalda, esbeltos y largos muslos cubiertos por j medias de malla negra y calzada con zapatos de alto tacón.

Pelo negro que le caía en cascada sobre los semidesnudos hombros y una pequeña maleta en la mano.

Sufrí una sacudida y a continuación suspiré con alivio.

No, no era Bárbara que regresaba de la Morgue para echarme en cara que de un modo inconsciente había sido yo el que la llevó a la muerte.

No, a aquélla no la conocía.

Sin preguntarme qué hacía en el pasillo, a aquella hora de la noche, ni a quién diablos estaba esperando, avancé, me detuve frente a la puerta de mi apartamento, extraje la llave del bolsillo y me dispuse a abrir.

Entonces recibí una de las mayores sorpresas de mi vida cuando preguntó:

—Buenas noches —dijo, sonriendo—. Usted debe ser míster Pool Freeman, ¿verdad?

Me volví hasta enfrentarla, lo mismo que si me hubiera picado una víbora.

—Sí, así es.

Y la miré de pies a cabeza, pero a pesar de darse cuenta, no se estremeció.

—Aquí... vive una muchacha llamada Bárbara, ¿no?

Me dejó de una pieza.

—Vivía, *miss*...

—Dinorah. —Su sonrisa se amplió—. Dinorah Warren, mister Freeman. Pero puede llamarme Dinorah. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Dónde puedo encontrarla? Usted lo sabe, ¿verdad?

Me sentía intrigado, y no había más realidad que aquélla.

—No, ahora no lo sé —mentí fríamente.

En el acto vi su gesto de consternación y cómo sus ojos grandes y negros se tornaban preocupados.

—Yo... yo... Bueno, ahora no sé lo que hacer. Vine a Nueva York porque... No, nada, eso no importa ahora.

Pero a mí sí me interesaba, por lo que pregunté:

—¿Por qué no pasa y hablamos, Dinorah?

—No me gusta molestar.

—No me molesta. Si fuera lo contrario, no la invitaría a entrar. Es decir, si no tiene inconveniente, ya que en el apartamento no hay nadie más que...

—Lo sé —me interrumpió.

—¿En ese caso...?

—De acuerdo —dijo— vamos.

Abrí la puerta y la conduje al *living*, no sin antes haberla cerrado a nuestra espalda.

Le indiqué que se sentara, soltó la maleta en el suelo y lo hizo en uno de los sillones.

Pregunté:

—¿Quiere beber algo?

Sonrió, mostrándome una vez más la inmaculada blancura de sus perfectos dientes.

—*Whisky*, si tiene, por favor.

Fui al bar, preparé dos; al regresar a su lado, le di uno de los vasos y me senté frente a ella, mirándola.

—¿Y bien...?

Arqueó una de sus negras cejas.

—Si deja de mirarme de ese modo, tal vez me sienta más tranquila y pueda responderle con coherencia —respondió.

—Me gustan —dije.

—Sé que mis piernas son...

—No era eso. Me refería a las medias. Son perfectas. ¿Dónde las compró?

La vi soltar un respingo, se llevó el vaso a los labios, bebió un

poco y al terminar respondió:

—En Filadelfia, querido.

Estuve a punto de perder el control de mí mismo.

—En Fila... Sí, claro —repliqué—; y ahora sólo falta que me diga que vino de allí.

—¡Pues claro que sí, míster Freeman! Bárbara me escribió y me dijo dónde vivía, aunque sólo fuera por unos días. Que perdió su empleo, pero que tenía otro para...

Aquello era nuevo para mí, por lo que la interrumpí con una pregunta:

—¿Dónde...?

Dinorah se encogió de hombros y una vez más la consternación apareció en lo más profundo de sus pupilas.

—No me lo dijo. Sólo que viniera, que había para las dos.

—¿Algún club nocturno? —aventuré.

—Sí, posiblemente sí. Soy una buena bailarina, ¿sabe?

—Y se exhibe...

—¡Porras! Bailo, enseño las piernas, y nada más.

—¿Por qué vino a Nueva York? ¿Es que se quedó sin trabajo?

—No. Me despedí. Babs me escribió diciendo que... que... aquí, en Broadway, había campo para mí. Que a las buenas, si me entiende usted, se las pagaba mucho más que en Filadelfia...; pero ahora... ahora no conozco a nadie aquí.

No respondí.

Pensaba velozmente, hasta que Dinorah añadió, interrumpiendo mis pensamientos:

—¿De verdad que no sabe dónde se encuentra?

Dudé, pero sólo fue un poco, y a continuación dejé caer las palabras una a una:

—La mataron, Dinorah.

Abrió mucho los ojos y se puso en pie casi de un salto.

—Que... que... ¿Cómo fue?

—No lo sé. Se despidió de mí diciendo que volvía a Filadelfia y la asesinaron en el tren, a una milla de la estación de la 30th Street.

—¿Quién..., quién...?

—La policía lo está investigando —la interrumpí.

—Sí, claro, es lo más lógico. La... la policía... Pero... pero..., ¿por qué? ¿Por qué tenían que matarla?

Se dejó caer en el sillón.

Tomó el vaso, terminó con el *whisky*, miró alrededor, me miró a mí, consultó el reloj y musitó:

—Y yo... yo contaba con ella y ahora... Bueno, apenas si tengo para pasar una noche en el hotel. —Clavó los ojos en les míos y antes de que continuara supe lo que iba a decir—: ¿Por qué... por qué no deja que me quede aquí esta noche? Mañana, en pleno día, puedo buscar un trabajo y... y...

Recordó a Babs.

La historia se repetía, por lo que respondí, exactamente como hiciera en aquella ocasión:

—Puede hacerlo..., pero no se haga ilusiones conmigo.

Sonrió.

—Lo sé. Ésa fue otra de las cosas que me dijo Babs. Se puso en pie, tomó la maleta y la imité.

—¿Dónde puedo...?

—Allí, en aquella habitación —dije, señalando una de las tres puertas que había al otro lado del *living*. Fue la habitación de Bárbara mientras estuvo aquí.

—No sé cómo darle...

Una vez más la atajé:

—Olvidelo, Dinorah, y descanse.

Me volvió la espalda, fue a la puerta y la llamé justo cuando la empujaba para entrar.

—Dinorah...

Se volvió con los grandes ojos muy abiertos.

¿Sí...?

—¿Cuánto tiempo piensa permanecer en este apartamento?

—YO... yo... le dije que hasta mañana, ¿no? ¿Por qué?

—Sencillo —dije—. Si no encuentra colocación mañana mismo, vuelva a dormir aquí, ¿comprende? Por tanto, cuando salga, puede dejar sus cosas y de ese modo no tendrá que cargar con la maleta.

Me dio las gracias, entró en el dormitorio y me fui a dormir, pero aquella noche no pude pegar un ojo.

* * *

Ni siquiera pensaba en Babs cuando llamé a la puerta y mucho

menos en Dinorah, pero cuando se abrió, las recordé a ambas.

Rubia, un poco más alta de lo normal y con tantas cosas encima que parpadeé un tanto asombrado.

—¿Sí...? —preguntó.

La miré de pies a cabeza antes de contestar:

—¿Miss Mónica Ferguson?

—Yo soy Mónica. —Hizo una pausa y preguntó—: Oiga, no irá a ofrecerme un empleo, ¿verdad?

La combinación era rosa, de nylon, y pensé que sí, que podía ofrecerle un empleo, pero al mismo tiempo, que no debía hacerlo.

Inicié una sonrisa.

—La verdad es que... Bueno, no es eso precisamente.

—¿No...?

—No.

—En ese caso...

Hice un gesto y se interrumpió. Ojos pardos, rasgados y grandes, que chispeaban. Sabía que la estaba mirando y se sentía dichosa de que fuera así, teniendo como tenía tantas cosas que ver.

—Se trata de Bárbara Ricks —dije.

Su rostro se nubló.

—¿Quién es usted?

Había sequedad en su voz, en contraste con su sonrisa anterior.

—Un amigo —dije.

—¿De Bárbara...?

—Sí, así es...

Dudó un poco antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Y qué es lo que quiere?

—Hablar con usted de ella. La mataron, ¿sabe?

Una vez más, la duda surgió en sus ojos.

—¿Policía...?

—Supóngalo por un momento —respondí. Frunció el ceño, vaciló por tercera vez y al fin se apartó de la puerta.

—Entre —dijo.

Crucé el umbral, cerró a mi espalda y prosiguió:

—Por aquí, por favor.

La precedí mirando sus piernas.

Y las tenía preciosas, palabra.

El *living*.

Me indicó que me sentara, y cuando lo hizo, su rostro y sus ojos estaban serios. Sus rojos labios, ahora sin chispa de *rouge*, habían trazado una línea que se me antojó un tanto dura.

Se sentó a mi lado.

Estaba... fascinante.

Sí, aquélla era la verdadera palabra, que le venía como anillo en el dedo.

—¿Y bien...? —preguntó—. ¿Qué quiere saber?

—Todo.

—¿Qué es ése todo?

—En principio, ¿quiere decirme cuándo se enteró de su asesinato?

—Anoche.

—¿Cómo fue...?

—Compré un periódico y lo vi en primera plana. —Me miró suspicaz y preguntó—. ¿Lo leyó usted?

—No.

—En ella nombran a un amigo suyo, a un tal... Pool Freeman. No será usted, ¿verdad?

—Si fuera lo contrario, Mónica, ¿habría algún mal en eso?

—Todavía no lo sé.

—¿Qué quiere decir?

—Que si es usted Freeman, quizá me puede decir por qué la mataron.

Intenté una sonrisa que resultó ser una mueca.

—Soy Freeman —dije—, y no se lo puedo decir.

—¿No...?

—No.

—No obstante, Bárbara era su amante. No la desmentí.

Simplemente, me limité a responder, cambiando de tópico.

—¿Qué tal se llevaba con Stivell?

Arqueó una ceja.

—Ni bien, ni mal.

—¿No puede decirme nada más?

—El trato para todas nosotras era el mismo, ¿comprende? Por tanto, Bárbara, como yo y... y las demás, nos quedamos sin empleo cuando la policía cerró el local.

—¿Y ahora...?

—Tengo otro, si es eso lo que le preocupa. Vacilé bastante antes de formular mi siguiente pregunta:

—¿Qué sabe de una gran suma de dólares que desapareció del club, Mónica?

Sus bellos ojos se abrieron con asombro.

—¿Una gran...? Oiga, pesquisa, ¿qué está tratando de hacer conmigo, cargarme con el mochuelo?

Denegué con la cabeza.

—Olvídelo, Mónica —dije—, y hábleme de John Stivell.

—Nada tengo que decir sobre él, Freeman.

—¿Por qué?

—Pongamos que porque no quiero. ¿Está claro?

—¿De qué tiene miedo?

—De nada, pero ya contesté a la policía, Freeman. Por tanto, si desea saber lo que les dije, hable con el teniente Barris, de Homicidios.

Se puso en pie.

La miré.

Fascinaba dentro de la combinación, pero me guardó muy bien de decírselo.

—¿Dónde podré verla? —pregunté.

—En ninguna parte. No me gustan los curiosos ni la policía, sean o no privados.

—Estoy tratando de atrapar al asesino de Babs, y Bárbara era su amiga, Mónica.

—Demuéstreme que usted no la mató, y entonces puede que... que le diga alguna cosa, si es que en realidad se...

La interrumpí.

—¿Algún amigo? —pregunté.

—¿De quién? ¿Mío o de Bárbara?

—Pongamos que de las dos.

—El mío se llama Lajos Borden, tipo curioso.

—¿Y el de Babs?

—A ése lo conoce usted demasiado bien.

Tampoco la desmentí, pero pregunté:

—¿Dónde puedo ver a Borden?

—Búsquelo, querido. Y ahora, salga, que voy a vestirme.

—De ese modo está deliciosa, querida.

—Sí, lo sé, pero, como le dije, la plaza está tomada.

—Lo que es una lástima.

—Para usted, aunque nunca para mí. ¿Se marcha? Lo hice sin responder y alcancé la calle llevándola aún en mis retinas. El coche.

Miré a ambos lados de la calle, consulté el reloj, lo que dio motivo a que diera con mis cansados huesos en la barra de un *snack-bar*, donde tomé un bocadillo de jamón y una lata de cerveza, y acto seguido me encaminé a mi oficina.

Abrí la puerta, entré en el despacho y fui a sentarme detrás de la mesa, a través de la cual lancé una mirada a mi alrededor.

La mayoría de las cosas aún se encontraban desparramadas por el suelo, pero no me sentía con ánimo para recogerlas.

Me hacía pensar en Bárbara, en las veces que había venido a verme, ordenando el despacho cada vez que se presentaba.

Extraje el paquete de cigarrillos; encendí uno.

Stivell, como dueño del Ancla de Oro, podía ser la clave de todo.

El *Philadelphia Express*..., aquello muy bien pudo ser un truco...; pero si era así, me confesaba a mí mismo que no llegaba a comprenderlo.

Levanté los ojos y entonces le vi, y no venía solo.

Uno a cada lado del marco de la puerta que terminaban de cerrar, y ambos me miraban sin cordialidad alguna.

John Stivell era alto, de tipo atlético, moreno, con el rostro atezado y ojos grises que, como digo, me miraban sin un solo parpadeo.

Joven, ya que su edad no sobrepasaría los treinta años.

El otro era Ted Moore y podía ser uno de sus guardaespaldas o simplemente un amigo.

Casi tan alto como él y tan fuerte, pero algo más joven. Rubio, ojos ágata, elegante, y de ademanes un tanto petulantes.

En silencio, les indiqué los sillones que había frente a mi mesa, y, como esperaba, el primero en sentarse fue Stivell.

El silencio persistía, pero no lo rompí.

Esperaba.

No me gustaba aquella visita y menos ahora, que sabía que estaba relacionada de un modo u otro con el asesinato de Babs y con la desaparición de ciento cincuenta mil dólares, si daba crédito a las palabras de Barris.

Stivell lo rompió sin dejar de mirarme.

—¿Dónde los tiene, pesquisa?

—Si no habla claro, me temo que no lo voy a entender, Stivell
—respondí suavemente.

—Me refiero a unos dólares que de un modo equivocado...

—¿Y por eso la mató? —pregunté, interrumpiéndole.

Le vi sonreír.

—Yo no opero de ese modo, Freeman, y usted ya debería saberlo puesto que era cliente del Ancla de Oro.

—¿No...? Entonces, ¿quiere decirme por qué lo cerró la policía?

—Juego, pesquisa. Juego prohibido, que penan nuestras leyes, pero no por homicidio, robo o asesinato, ¿comprende? Y ahora, ¿dónde están?

—Esa misma pregunta ya me la hizo la policía, Stivell.

—¿Y...?

—Les contesté con la verdad.

—¿Espera que crea eso?

—No, ni mucho menos. El mundo está lleno de incrédulos.

A mis palabras siguió una pausa que se hizo desmesuradamente larga, y que rompió el propio Stivell con una pregunta:

—¿Cuánto pide por devolvérmelos, Freeman?

—Le dije que no sé dónde están. Babs no me lo dijo, si es que en realidad fue ella la que se los llevó.

Se puso en pie y, ante mi sorpresa, vi que Ted Moore hacía lo mismo y que ambos, sin pronunciar palabra, se encaminaban a la puerta.

Fue Moore el que la abrió para salir, pero Stivell, el que se volvió a mirarme.

—Veinticinco mil dólares, Freeman, pero quiero esos dólares para mañana al mediodía.

Pregunté, aún sin saber por qué lo hacía:

—¿Dónde podré verle?

—Aún tengo otro club en Broadway, pesquisa. Vaya cuando guste.

—Y de Babs, ¿qué es lo que tiene que decirme?

—A esa pregunta ya respondí a la policía, y se mostró conforme con mis explicaciones.

No me dio tiempo a responder. Cruzó el umbral y cerró a su

espalda con sospechosa suavidad.

Abrí el cajón de la mesa, tomé la botella y bebí un largo trago de *whisky*.

Tonicaba..., si no pensaba en la figura esplendorosa de la rubia Mónica Ferguson.

Una muchacha que había encontrado una nueva colocación.

No pregunté dónde, pues no me lo hubiera dicho. No obstante, sabía sus señas..., por si las necesitaba para más adelante.

Y un nuevo factor.

Un tipo llamado Lajos Borden.

¿Otro de los asiduos al Ancla de Oro?

No tuve tiempo de contestarme a la pregunta porque en aquel momento la vi entrar, e *in mente* me dije que con aquélla ya eran demasiadas mujeres en tan pocas horas.

Pelirroja, unos cortísimos *shorts* que mostraban las desnudas piernas desde más arriba de medio muslo y unos ojos intensos y azules que me asaetearon desde la puerta unos segundos antes de que preguntara:

—Míster Pool Freeman, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Puedo pasar?

Aquello se animaba.

Lo pensé así a pesar de mis anteriores pensamientos y me puse en pie.

—Perdone —dije—. Entre, ¿quiere?

Y con un gesto le indiqué que se sentara.

Lo hizo, cabalgó una pierna sobre la otra y miré.

Empero, no dije nada; esperé.

Bolso de rafia; zapatos de tacón haciendo juego con el primero.

Cabello corto y...

En aquel momento me interrumpió.

—¿No siente curiosidad por mi visita, míster Freeman?

Sonreí.

—La paciencia es una virtud —respondí.

Hizo una mueca.

—Mi nombre es Grace y quiero al asesino de mi hermana Bárbara.

Me dejó de piedra. Una hermana de...

Pero, en realidad, ¿qué sabía yo de Babs? Simplemente, que era una corista de un club nocturno de Broadway, pero nada más.

Sencillamente, lo que ella quiso contarme.

¿Y...?

—¿Qué significa esa «y»?

—Siga, ¿quiere? —respondí—. ¿Por qué yo precisamente?

—Usted era su amigo, su amante. Babs misma escribió diciendo que vivía en el apartamento de un privado, ¿comprende?

Fue entonces cuando recordé que no hacía muchas horas, Bárbara me dijo que se marchaba de Nueva York porque tenía familia en Filadelfia.

¿Aquella hermana que ahora tenía frente a mí?

—Ni siquiera la besé —dije—, y le estoy diciendo la verdad.

—¿Puedo creerle?

Me encogí de hombros.

—Haga lo que guste —respondí.

Guardó silencio por espacio de varios segundos al cabo de los cuales prosiguió:

—Hace unas horas me enteré por la radio y tomé el avión. Vine directamente aquí desde La Guardia, y quiero a ese hombre o a esa mujer. Voy a pagarle... La interrumpí con un gesto.

—Sea como fuera, querida, Babs era cosa mía. La estimaba en lo que cabe y ahora... me estoy preguntando si llegué a amarla alguna vez... o si la amaba. No sé qué contestarme, pero voy a terminar con la persona que hizo eso con ella. Téngalo por seguro, Grace.

No me respondió.

No lo hizo hasta que no se puso en pie, y cuando los dos quedamos frente a frente, mirándonos.

—Me hospedaré en el hotel Niza, míster Freeman, y estaré visible para usted en el momento que sea necesario, ¿comprende?

Ahogué un suspiro de alivio, ya que por un momento temí que también me pidiera pernoctar en mi apartamento.

CAPÍTULO III

Al quedar sólo fue cuando caí en la cuenta de que debí preguntarle si conocía a Dinorah, pero sin saber por qué lo olvidé.

No obstante podía hacerlo más tarde si el caso se presentaba.

Lajos Borden.

Sin saber por qué, aquel nombre bailaba en mi mente y para desecharlo traté de pensar en el teniente Barris y en el problema que me planteaban aquellos ciento cincuenta mil dólares.

Al hacerlo recordé a Stivell.

Otras cuantas preguntas que quedaron en el aire, pero la verdad era que ni siquiera me dio tiempo a formularle ninguna.

Como por ejemplo: ¿quién diablos registró mi oficina?

El, lo mismo que Moore, habían visto en el estado en que se encontraba, pero no hicieron mención al hecho y aquello era algo que no me gustaba.

Caía la tarde cuando salí a la calle y empuñé el volante del «Mercedes». Busqué un pequeño restaurante en la Calle 17, antes de su cruce con Broadway, diciéndome que aquél era un buen lugar para cenar.

El mejor teniendo en cuenta que se encontraba cerca del Pecos, otro de los clubs nocturnos de John Stivell.

Un club que según sospechaba vigilaba la policía.

Cené tranquilamente, tomé una taza de café y luego conduje lentamente hacia el club.

Eran las once de la noche cuando detuve el «Mercedes» frente a la puerta, crucé la acera y entré.

La encerada pista, los cortinajes que cerraban el paso a los camerinos y a los reservados, minifaldas, piernas más o menos perfectas, más o menos elegantes, trajes largos y las parejas

bailando en la pista.

En alguna de las mesas, otras se besaban en la semioscuridad reinante.

Sentí envidia, palabra, y una vez más recordé a Babs.

Maldije entre dientes y caminé sorteando las mesas hasta la barra.

Me acomodé en uno de los taburetes.

—¿Qué va a tomar?

La miré.

Castaña, bella, joven y elegante... y envidié a Stivell como antes envidiara a las parejas que se arrullaban en las sombras.

—*Whisky*, por favor.

Me dedicó una sonrisa mecánica y se fue dejándome solo.

A mi espalda la orquesta terminaba con el bailable, las parejas regresaban a sus mesas; se encendían las luces.

—Su *whisky*.

Ladeé la cabeza.

De nuevo sonreía.

Gracias.

La música empezó a sonar.

Me volví con el vaso en la mano y fue entonces cuando la vi, y estuve a punto de que se me escapara de entre los dedos.

Un vestido largo hasta los pies, abierto desde la cintura, mostrando la bella y larga pierna en su totalidad, cubierta de malla negra, con el micrófono en la mano, Dinorah avanzaba hacia el centro de la pista moviéndose cadenciosamente a los compases de la pieza que empezaban a interpretar.

Empezó a cantar y tenía estilo, «*sexy*» y... clase.

Sí, aquello era mejor. La chica tenía clase. Dije que servía y bastaba verla para comprender que era así.

Me vio, supe cual fue el preciso instante en que aquello ocurrió, pero lo disimuló bastante bien, ya que no se alteró ni perdió una sola nota.

Ahora, lo último que recuerdo, es que su actuación arrancó una nube de aplausos, que yo no le concedí.

Stivell...

Terminé el *whisky* de un trago, y empecé a andar en dirección a los cortinajes de fondo, pero no llegué porque antes la vi.

Se había vestido de tiros largos y se encontraba sentada en una de las mesas, y no sola precisamente.

Me detuve en seco, vacilé, y a continuación empecé a acercarme lentamente hacia la mesa.

De los dos, fue ella la que primero me vio.

Vi cómo sus ojos se helaban y la sonrisa desaparecía de su boca y entonces el hombre levantó los suyos y a su vez me vio.

—Buenas noches, *miss* Ferguson —saludé—. ¿Puedo sentarme?

Tardó tres o cuatro segundos en contestar y por fin respondió:

—¿Podría evitarlo si me lo propusiera, pesquisa?

—No —respondí—. Me temo que no.

Tomé una silla, la acerqué un poco y me senté mirándolos alternativamente. Al hacerlo, Mónica añadió:

—No obstante, me temo que voy a dar cuenta a la policía, si no deja de molestarme.

Fui a decir algo, pero su acompañante me lo impidió con una pregunta formulada a ella:

—¿Quién es, Mónica?

—¡Oh! Perdona, querido. Se trata de Pool Freeman, uno de los amigos de Bárbara. Un pesquisa inteligente que ahora busca a un asesino. Al asesino de Babs.

Nos miramos en silencio, estudiándonos mutuamente.

Joven, de veinticinco a veintisiete años, y llevando en el rostro y en los ojos las señales de una vida disipada.

No me gustó a pesar de sus ademanes elegantes y su no menos elegancia en el vestir.

De los dos, fui yo el que rompió el tenso silencio.

—Lajos Borden, ¿verdad?

Mónica se echó a reír mientras que el tipo aquel me miraba con asombro.

—En eso erró, pesquisa —dijo ella—. Mi acompañante de esta noche se llama Jeff Buchannan.

—Usted dijo...

—Sé lo que dije, pesquisa, pero mirándolo bien, salgo con muchos hombres, ¿comprende? Me gusta.

Los miré a los dos.

—¿Muy amigos?

Buchannan fue el que respondió.

—Bastante. ¿Por qué?

Respondí con otra pregunta diametralmente opuesta al tema que se estaba tratando:

—¿Lo era también de Babs? Buchannan sonrió.

—Seguro —dijo.

—¿Muy amigos? —repetí.

—Sí.

—¿Hasta qué punto?

—Escuche, pesquisa, si busca en mí un motivo para llevarme al asesinato le diré que no puede. Salí con Babs una o dos veces e incluso... Bueno, la última fuimos a un motel donde pasamos la noche, pero nada más. ¿Entiende?

Hice una pausa antes de preguntar:

—¿Sabe si había algún hombre, uno fijo, por ejemplo?

—No.

—No obstante...

—En una chica como ella, eso nunca se sabe aunque es posible.

Fui a insistir cuando Mónica se puso repentinamente en pie.

—¿Quiere que bailemos, pesquisa? La imité.

—¿Y míster Buchannan, querida? —pregunté.

—¡Oh! El se marcha ahora. Vamos, ¿me invita?

La llevé de la cintura al centro de la pista y empezamos a bailar.

Desde la mesa, Buchannan nos observaba con el ceño fruncido.

Entre mis brazos, Mónica decía:

—¿Cree que perderíamos el compás si me besara, pesquisa?

La miré con asombro, se rió, y me ofreció los labios.

Fue un beso suave, pero que en contraste llevaba fuego dentro.

—Y ahora, ¿por qué no me cuenta unas cuantas cosas? —dije cuando la caricia se terminó.

—¿De Babs?

—¿Por qué no? Usted la conocía, Mónica.

Y pensé en el contraste que ofrecía su conducta de ahora con lo hablado en el interior de su apartamento, aquella misma tarde, cosa completamente inexplicable para mí.

—¿Qué quiere saber?

—¿Quién era su amigo? ¿Stivell?

Instintivamente, ella miró a su alrededor.

—No respondió. —Por lo menos no que yo sepa.

—¿Quién, Mónica?

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa? ¿Acaso sé quién es el mío? Me dejó de una pieza.

No insistí, continuamos bailando por espacio de un par de minutos, en silencio, que rompí con una nueva pregunta y cuando ya el bailable estaba tocando a su fin:

—¿Dónde puedo ver a Lajos Borden, muchacha? Ella dudó unos segundos y a continuación me mostró sus dientes en una sonrisa:

—¡No me diga que sospecha de él, pesquisa! —se burló.

—No, claro que no..., aunque siempre sospecho de todos los que se relacionan de un modo u otro con un cadáver, siempre y cuando éste haya sido asesinado, ¿comprende?

—Sí, creo que sí..., lo que quiere decir que también sospecha de mí, ¿no?

—Usted era su amiga, Mónica.

—¿Y es ése un motivo?

—No desde luego, pero puede serlo.

Y pensé en ciento cincuenta mil dólares, pero no se lo dije. Esperaba que ella dijera más al respecto, pero no lo hizo.

Simplemente se limitó a decir:

—Jeff se ha ido celoso de verme entre sus brazos, pesquisa. Y ahora lléveme a la mesa, por favor.

Recordé a Dinorah y decidí esperar un poco más en el club por si tenía la suerte de verla actuar por segunda vez, pero aquello no pudo ser ni mucho menos, cosa que en aquel instante no sabía.

La conduje hasta allí y nos sentamos.

—¿Quiere beber algo más? —pregunté.

Me sonrió.

—Lo que deseo es que me lleve a casa.

La miré con asombro y le hice una pregunta que en realidad era la misma que ya formulara con anterioridad:

—¿Dónde puedo ver a Lajos Borden, muchacha?

Mónica me sonrió.

—En la Calle 52, entre la Quinta y Sexta Avenidas —me dio el número y añadió—: Trátelo bien, pesquisa, ¿comprende? Estimo a Lajos.

—¿Mucho...?

—Mucho es incluso demasiado, Pool, ¿comprende? Somos

amigos... y nada más.

—Usted dijo...

Me interrumpió:

—No haga mucho caso de lo que yo pueda hacer o decir, pesquisa —se puso en pie y preguntó—: ¿Me acompaña?

—¿Adonde?

—Creo que ya se lo dije, ¿no? Vamos, decídase... Puedo..., puedo ofrecerle un par de copas.

—¿Y luego...?

—¡Ah!

La prendí del brazo y salimos, olvidado completamente de Dinorah.

Abrí la portezuela del «Mercedes», se acomodó a mi lado, se recostó contra el respaldo del asiento y cerró los ojos.

Pregunté mientras lo ponía en marcha:

—¿Qué sabe de la hermana de Bárbara?

Los abrió, hizo una mueca y respondió:

—Sé que tenía familia en Filadelfia, pero nada más. No insistí y continuamos en silencio hasta su apartamento.

Fue al llegar cuando recordé que había ido al club con la sana idea de ver a Stivell, pero que no lo había conseguido... por causa mía más que de la muchacha que me acompañaba en aquel momento.

Utilizamos el ascensor para subir y al entrar la recordé exactamente como la viera aquel mismo día, justo cuando ella preguntaba:

—¿Qué desea para beber? ¿*Whisky*?

—Sí, claro.

Me señaló uno de los sillones y me dejó solo.

Cuando regresó a mi lado llevando en las manos dos altos vasos más que mediados de licor, había cambiado de atuendo.

Blusa y minifalda.

Fascinante... como todas las que de un modo u otro se encontraban envueltas en aquel caso.

Levanté el vaso mientras Mónica se sentaba en el sofá, cabalgando una pierna sobre la otra.

Desvié los ojos.

Al terminar de beber pregunté:

—¿Dónde trabaja ahora, Mónica?

Me miró abriendo mucho los ojos.

—En el club de Stivell —dijo.

Solté un respingo recordando a Babs.

Preguntándome cómo ella no pudo hacerlo y Mónica sí.

Inquirí:

—¿Cómo se llevaba con Babs, Mónica?

—¿Míster Stivell o yo? —Presunto a su vez.

—Usted.

—Éramos amigas, ¿no? Eso ya lo sabía usted.

—Sí, claro. ¿Y con Borden?

La vi beber y adiviné que estaba pensando la respuesta que debía darme.

—¿Por qué Lajos precisamente, pesquisa?

—Fue una pregunta como otra cualquiera, pero que quedó sin respuesta. ¿O no es así?

—No, no lo es —me mostró sus perfectos dientecillos en una sonrisa y añadió—: Lajos también la conocía, como casi todos los hombres que eran asiduos al Ancla de oro.

—¿Nada más?

—Respecto a Lajos, nada más.

Me puse en pie y su expresión no cambió.

—Buenas noches, Mónica —dije, girando hacia la puerta—. Gracias por el paseo, por el *whisky* y por la información.

Continuó sin moverse, sin decir nada, hasta que llegué al centro del *living* en mi camino hacia la puerta de salida.

—¿Por qué no se queda, pesquisa? —preguntó.

Me volví a mirarla.

Sonreía.

—¿Es eso lo que desea, Mónica?

Su sonrisa se amplió.

—No soy yo quien debe responder a esa pregunta sino usted, Pool.

No lo hice, pero me acerqué y se puso en pie, sin perder la sonrisa para recibirme.

Mediaba el día siguiente cuando alcancé mi despacho.

De tuve el coche al otro lado de la calle, busqué el paso de peatones, esperé a que cambiara el disco y crucé al otro lado.

Tres minutos más tarde me encontraba en el pasillo, camino de la puerta que daba acceso a mi despacho.

Abrí la puerta, entré, el perfume de una mujer hirió mi olfato, y empujé la encristalada puerta de mi despacho privado, y entonces me di de manos a boca con ella.

Largos los muslos, medias de malla y los firmes y redondos senos alentando suavemente bajo la tela de la blusa.

El bolso sobre la mesa de mi despacho... y se puso en pie cuando me vio entrar.

—Hola, pesquisa —saludó—. ¿Puedo saber de dónde sale a esta hora? Anoche le estuve esperando hasta muy tarde y...

—Tuve que acompañar a una muchacha a su apartamento, Dinorah.

Sonrió.

—Le vi bailando con ella, Pool. Era Mónica, una de las chicas del club.

—¿La conoce?

—Sólo de vista.

Hice una pausa, ligera como el viento y pregunté:

—¿Cómo consiguió esa colocación?

—¿En el club de Stivell?

—¿Es que hay otra?

—No, claro que no. Bueno... me recomendaron.

—¿Quién...?

Su sonrisa se amplió.

—Eso no se lo voy a decir a usted, Pool. Sólo que trabajo allí y que me gusta.

—Sí, y a los Clientes también —miré con todo descaro y añadí tras una corta pausa—: Sus piernas son perfectas, querida.

—Creí que sólo eran mis medias...

—Eso también.

Hizo una mueca y su rostro, hermoso en demasía, se quedó repentinamente serio, y fue entonces cuando dijo:

—Estuve empacando, Pool, ¿comprende?

Sin responder rodeé la mesa de mi despacho y me senté.

Desde allí la miré a los ojos.

No los desvió:

¿Y...?

—Debo marcharme... y darle las gracias por lo que hizo por mí —me dedicó una nueva sonrisa y prosiguió—: Ahora sé que Babs llevaba razón. Es usted todo un tipo.

Se puso en pie, pero no me moví.

Simplemente pregunté:

—¿Es una despedida?

—Sí, Pool, así es.

No repliqué, sólo la miré cuando se acercó a la mesa y me levanté. Me tendió la mano.

—Gracias, Pool —dijo mientras se la estrechaba—. No olvidaré este favor.

Malditas las ganas que tenía de hacerlo, pero devolví su sonrisa.

—Olvídelo, pequeña —y pregunté—: ¿Nos volveremos a ver?

—Ya sabe donde trabajo, ¿no? Pues... venga a verme cuando quiera. Será... bien recibido.

Solté su mano, dio media vuelta y empezó a alejarse hacia la puerta, la abrió, se volvió a mirarme, hizo un gesto de despedida y desapareció.

Pensé en Bárbara.

Recordé a Babs una vez más y empecé a rodear la mesa.

Abandoné el despacho y salí al pasillo.

Muy cerca de mí, vuelta de espaldas, con la minifalda sobre la mitad de los largos y morenos muslos, Dinorah, de Filadelfia, amiga íntima de Babs, esperaba la subida del ascensor.

Llegaba, vi como las puertas automáticas se abrían y la llamé.

—¡Dinorah!

Se volvió con los ojos de asombro.

—¿Por qué no se queda?

Los abrió mucho, y no esperé su respuesta, me volví en redondo y entré en mi despacho.

Un minuto, dos y repentinamente la vi bajo el dintel, con los negros ojos fijos en los míos.

—¿En el apartamento?

—Sí.

No se movió, tampoco dijo nada hasta pasados unos segundos.

Sólo entonces dio media vuelta y respondió muy poco antes de cerrar la puerta a su espalda:

—Te estaré esperando, Pool, después de mi actuación en el club. Y por favor, ten cuidado con las piernas de Mónica. Me han dicho que son preciosas.

Lo eran, pero no se lo pude decir por la sencilla razón de que no me dio tiempo para hacerlo.

Quedé solo con los ojos fijos en la puerta que acababa de cerrar, pensando, y fue entonces cuando vi su bolso al alcance de mi mano, olvidado sobre la mesa por cualquiera sabía qué extraño pensamiento o circunstancia.

Dudé un poco y, finalmente, lo tomé.

Pesaba bastante y fruncí el ceño.

Y ahora no dudé cuando lo abrí.

Una automática calibre 775 con el cargador completo y otro en el fondo del bolso.

Documento de identidad a nombre de Dinorah Warren, natural de Filadelfia (Estados Unidos de América), de veintidós años de edad, y de profesión bailarina.

No comprendía muy bien el porqué del significado que pudiera tener la automática dentro del bolso, pero la licencia para poder usarla se encontraba allí, entre mis dedos.

La estudié, y a continuación lo dejé todo en su lugar.

Sabía que más tarde o más temprano, Dinorah volvería a buscarlo y que entraría en el despacho del mismo modo que ya entrara aquel mediodía, utilizando cualquier llave de las que tomó de mi apartamento.

Calle 52 entre la Quinta y la Sexta Avenidas.

Me puse en pie, lancé una mirada a mi alrededor y a continuación salí cerrando a mi espalda.

Detrás, sobre la mesa, quedaba el bolso de Dinorah y su artillería.

Al frente un hombre al que deseaba ver.

Empuñé el volante del «Mercedes» y conduje hasta allí.

Miré las tablillas indicadoras. Piso 27, apartamento 214-L.

Utilicé el ascensor.

Me detuve frente a la puerta para mirar en ambos sentidos del

pasillo donde me encontraba y alargué la mano hacia el botón del zumbador.

Llamé.

Un minuto y la puerta se abrió enmarcándola en el umbral.

Morena, muy joven, esbelta.

Ojos verdes, grandes y rasgados que me miraron con curiosidad.

—Busco a míster Borden —dije después de saludar.

Entrecerró los ojos.

—Mi esposo no está —dijo.

Me sentí asombrado.

—¿Dónde puedo verle? —pregunté—. Es importante.

Me miró fijamente y preguntó:

—¿Periodista?

—No.

Vaciló un poco, volvió a mirarme y soltó una nueva pregunta:

—¿Policía...? Amagué una sonrisa.

—Pongamos que así es, *mistress* Borden.

—Aun así, debo decirle que mi esposo no se encuentra en...

En aquel momento, y desde el interior del apartamento la interrumpieron.

—¿Quién es, Loma?

Desvió los ojos de los míos.

—Un policía —dijo.

—Vamos, pequeña, dile que pase.

Se apartó de la puerta y con un gesto me invitó a entrar.

Vi a Lajos Borden un poco después.

Segundos más tarde, en pie, en el centro del pasillo y le examiné.

En lo físico se me parecía un poco.

Pelo negro con algunas hebras de plata en las sienes a pesar de que indudablemente aún no había cumplido los treinta, ojos ágata, nariz sobre una boca un tanto cruel de delgados e incoloros labios, y que dijo apenas verme:

—Pase, ¿quiere?

Le precedí hasta el *living* y nos sentamos, haciéndolo él en compañía de su esposa, en el sofá, y yo frente a ellos, sobre uno de los mullidos sillones.

—¿Qué desea de nuevo la policía de mí?

Pensando en el teniente Barris respondí:

—Por supuesto, míster Borden, hacerle unas preguntas.

—¿Todavía más?

—Son necesarias.

Miró a Loma y de modo inconsciente vino en mi ayuda.

—¿Supongo que no irá a preguntarme sobre mis relaciones con *miss* Ferguson?

Y al mirarla supe que ella ya estaba enterada de todo.

Denegué con la cabeza.

—No, pero sí por las que mantuvo con *miss* Bárbara Ricks.

Le vi fruncir el ceño.

—Repita eso, ¿quiere?

—Me ha oído perfectamente, míster Borden. ¿Qué relaciones le unían a Bárbara? Vamos, responda.

Tardó en hacerlo varios segundos y fue con una pregunta:

—Identifíquese, ¿quiere?

—¿Por qué he de hacerlo?

Se puso en pie.

—Porque estoy empezando a sospechar que usted no es policía.

—¡Ah!, ¿no?

—No.

—Entonces...

—Usted es... Bueno, apostaría a que es un privado y que su nombre es Pool Freeman. ¿Acierto?

Me levanté del sillón.

—Sí, así es —dije—, y me gustaría saber dónde se encontraba el día... o mejor dicho, la noche en que mataron a Bárbara en el *Philadelphia Express*.

Sonrió, pero su sonrisa era dura.

—Fuera de Nueva York, pesquisa.

—¿Solo?

—Si lo que pregunta es si tengo coartada le diré que no. Y ahora, lárguese y no vuelva.

No me moví, pero sí dije:

—¿Acaso viajando con ella en el expreso, míster Bor...?

Dio un paso al frente, vi su puño viajando a velocidad increíble hacia mi rostro, oí gritar a *mistress* Lerna Borden, me ladeé justo lo preciso y le hundí el mío en el hígado.

Cayó boqueando, di media vuelta, alcancé la puerta, me volví a mirarla y recomendé:

Dele un poco de tila cuando despierte y mis recuerdos *mistress...*

¡Bruto! ¡Sucio...! ¡Perro bastar!

Me fui antes de que terminara con sus expresivas efusiones.

CAPÍTULO IV

La calle, el coche y al acercarme la vi, sonriendo y esperando.

—¿Qué diablos haces aquí? —pregunté.

La estaba tuteando sin darme cuenta y la sonrisa de Dinorah, su bonita y fascinante sonrisa se acentuó.

—Verás, pesquisa —dijo sin perderla—, me olvidé del bolso en tu despacho y regresé por él justo en el momento en que te marchabas. Tomé un taxi y te seguí hasta aquí. Sencillo, ¿verdad?

—¿Y ahora...?

—Iré a cualquier lugar donde me lleves.

—¿Sí...?

—Claro. ¿No quedamos en eso?

—No quedamos en nada.

—Tú dijiste...

—Sé lo que dije, pero si aceptas, las cosas tendrán que ser distintas, ¿comprendes?

Me volvió la espalda, se acercó a la portezuela del «Mercedes» y preguntó:

—¿Me llevas?

—¿Adonde?

—Al club. Tengo ensayo. Luego...

—¿Qué? —pregunté al ver que se detenía y abriendo la portezuela.

—Iremos donde quieras.

No respondí.

La llevé hasta la puerta trasera del club y tan pronto como detuve el coche pregunté:

—Me gustaría ver a Stivell; ¿sabes si está dentro?

—Me temo que no.

—¿Sus señas...?

—En Wall Street —respondió sin una sola vacilación—. Encontrarás sus señas en la guía.

Di las gracias, descendió del coche y se alejó hacia la puerta trasera, sin una sola despedida y sin un beso.

El bolso con una automática dentro.

¿Contra quién quería usarla si es que verdaderamente sentía ese deseo? ¿Contra mí?

La idea se me antojó absurda por lo que me encogí de hombros y pensando en Stivell conduje hacia Wall Street.

Un bar.

Entré, pedí un *whisky* y mientras me lo servían me encaminé hacia la cabina telefónica y tomé la guía.

Cinco minutos más tarde empecé a discar.

—Residencia de...

—Deseo hablar con míster John Stivell —corté.

—¿De parte de quién?

—Pool Freeman —dije—. El ya me conoce.

Hubo una pausa que duró unos segundos y la misma voz contestó:

—Espere un momento, ¿quiere?

No respondí.

El momento se tradujo en un par de largos minutos al cabo de los cuales oí su voz:

—¿Freeman...?

—Así es.

—Bien, ¿qué quiere? ¿Va a devolverme esos ciento cincuenta mil...?

Le interrumpí por segunda vez:

—Sólo quiero hacerle una pregunta, Stivell —dije.

—Correcto, suéltela, pesquisa.

—Borden. Lajos Borden...

Al otro lado del hilo, John Stivell tardó varios segundos en contestar.

—No me dirá que sospecha de él como posible asesino de Bárbara, ¿verdad? Si hubiera sido Mónica Ferguson, la cosa cambiaría completamente.

—¿Conocía a Babs?

—Todos conocíamos a Bárbara, pesquisa. Deseche ese pensamiento respecto a Lajos.

—¿Y usted, Stivell...?

Cortó la comunicación y pensativamente deposité el auricular sobre su soporte.

A continuación regresé a la barra.

Recordaba a *mistress* Lorna Borden y me preguntaba por qué nadie me dijo que Lajos, el amante de Mónica Ferguson, según confesara ella misma en nuestra primera entrevista, estaba casado.

Recordé a Moore y a Dinorah.

Tal vez ella...

Pero llevaba muy pocas horas en el club para que hubiera logrado averiguar algo de lo que a mí me interesaba.

Bebí lentamente, hasta terminar con el *whisky*, aboné la consumición, salí y empecé a conducir. Grace Ricks, hotel Niza.

Detuve el coche frente a su puerta principal, empujé la giratoria, atravesé el *hall* y me acerqué al *comptoir*.

Pregunté:

—¿Sabe si *miss* Grace Ricks se encuentra en sus habitaciones?

—Un momento, por favor.

Tardó medio minuto escaso en darme la respuesta.

—Efectivamente —respondió—, *miss* Ricks se encuentra dentro del hotel. ¿De parte de quién?

—Pool Freeman —dije.

Tomó el teléfono y empezó a hablar.

Al terminar dijo:

—Piso sexto, habitación 300. Use el ascensor.

Obedecí.

Y no tuve necesidad de llamar.

Ella estaba allí, bajo el marco de la puerta que daba acceso a la *suite* que tenía alquilada, con su semblante completamente hermético y los ojos enormemente serios.

—No lo esperaba a usted —dijo por todo saludo—. Por lo menos, no tan pronto. ¿Averiguó algo?

—No.

Arqueó una ceja y proseguí:

—Por lo menos no mucho, pero deseo hablar con usted.

—Pase, por favor.

Me introdujo en la salita ce estar, me indicó uno de los sillones y nos sentamos el uno frente a la otra.

De los dos fui yo el que primero empezó a hablar.

—Hábleme de su hermana, Grace —dije—, pero deseo la verdad por cruda que sea, si de veras quiere que le ayude.

Frunció el ceño, vaciló durante un largo espacio de tiempo y, finalmente, preguntó:

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que usted sepa de ella, por mucho que le duela.

De nuevo dudó, pero ahora sus dudas las resolvía con inusitada rapidez, ya que casi al instante empezó a hablar.

—Bárbara era... Bueno, una muchacha a la que le gustaban los hombres. Filadelfia se había quedado pequeña para ella por lo que vino a Nueva York y aquí ocurrió lo que en todas partes. Triunfó y nada más.

—Es bien poco —dije.

Se encogió de hombros.

—Hace bastante que no la veía, pesquisa. Un par de años o más... y ahora... ahora ha muerto asesinada y yo... yo... de poco puedo servir en esto. Y... la mataron cuando se disponía a volver con la familia.

—¿Algún hombre en particular?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Era casi la misma pregunta y la misma respuesta que cuando hablamos en mi despacho y tampoco insistí sobre el tema. Si de veras había un hombre aparte de los ciento cincuenta mil dólares que al parecer eran el único motivo para el asesinato, lo que apuntaba directamente a Stivell no era precisamente Grace Ricks la llamada a decírmelo.

Me puse en pie sabiendo que allí nada me quedaba por hacer y me imitó.

—Se marcha, ¿verdad?

—Sí —dije—, se hace tarde y todavía deseo ver a alguien antes de acudir a una cita que tengo —hice una pausa y añadí en vista de que ella no hacía comentario alguno—: Procure repasar toda la vida de su hermana hasta que abandonó Filadelfia... y si encuentra algo que usted crea interesante, dígamelo.

Dijo que así lo haría y abandoné la *suite* y unos minutos más

tarde el hotel.

Ya en la calle dudé entre ir a mi apartamento o al despacho.

Consulté el reloj pensando en Bárbara.

Era demasiado temprano para encerrarse entre sus cuatro paredes por lo que opté por lo segundo y conduje hasta allí.

La mujer que me estaba esperando en la puerta de la oficina sólo la había visto una vez, pero la reconocí a pesar de estar vuelta de espaldas y de que su tocado era distinto al que llevaba puesto en el interior de su apartamento.

Se volvió al oír mis pasos y por unos segundos ambos quedamos frente a frente, mirándonos a los ojos, hasta que ella dijo:

—Deseo hablar con usted, míster Freeman.

Abrí la puerta y me apartó a un lado:

—Pase, por favor.

Lo hizo hasta mi despacho privado y allí, con un ademán, le indiqué que se sentara.

Cabalgó una pierna sobre la otra.

Las de Dinorah eran mucho mejores, pero me guardé muy bien de decírselo a ella.

Hay cosas que revientan a una dama, palabra.

—¿Y bien, *mistress* Borden...? —pregunté.

Abrió el bolso, sacó el paquete de cigarrillos, encendió uno y respondió cuando la primera nube de humo azul empezó a viajar hacia el techo:

—Deseo hablar con usted.

—Eso ya lo dijo ahí fuera, ¿no?

—Sí, cierto.

—¿De qué?

—Bueno, usted vino a mi casa y... y peleó con mi esposo. El... creo que va a denunciar el hecho a la policía, ¿comprende?

—¿Y...?

Fumó en silencio y los segundos empezaron a transcurrir sin que dijera nada ni la interrumpiera no deseando dar facilidad alguna.

Luego lo hizo.

—El no mató a esa muchacha, míster Freeman —afirmó.

—¿Cómo está tan segura? Según su propio marido, no tiene coartada.

—No, desde luego no la tiene.

—¿Dónde estuvo aquella noche? ¿Lo sabe usted?

Sus ojos se oscurecieron.

—No, pero lo sospecho.

—¿Sí...?

—En compañía de Mónica Ferguson.

—¿Y eso no le importa a usted?

—Claro que sí... pero... pero, bueno, las cosas ya se han arreglado entre los dos. Pregunte a esa muchacha. Creo... creo que le dirá la verdad. En cuanto a Lajos, trataré de influir en él para que no le busque complicaciones con la policía.

—No temo a la policía, *mistress* Borden —dije.

—Es... lo que esperaba que dijera, pesquisa.

—En cuyo caso...

—Haré lo que le he dicho, pero prométame... —dudó unos segundos y, finalmente, preguntó—: ¿Cuánto quiere por trabajar para mí?

La miré con sorpresa y se dio cuenta.

—¿Sorprendido? —preguntó.

—Sí, un poco.

—¿Acepta, sí o no?

—Supóngase que lo hago, *mistress* Borden, ¿adonde nos conduciría esto?

—Confieso que no lo sé.

Vacilé por un breve espacio de tiempo antes de formular la siguiente pregunta:

—Bien, ¿qué es lo que desea de mí?

—Que trabaje en este caso, pero para mí.

—¿Y qué más?

—No hay más. Quiero al asesino de esa chica.

—¿Y si se da el caso de que es su propio marido?

Me miró sonriendo, lo que me asombró aún más.

—Voy a correr ese riesgo. Vamos, ¿qué responde?

—De acuerdo. Diez dólares por día más gastos.

Abrió el bolso, sacó un grueso fajo de billetes, tomó cinco de cien y los depositó sobre la mesa al alcance de mi mano.

—Creo que por ahora hay suficiente..., pero deseo que al terminar me presente la cuenta, incluyendo los gastos.

—¿Debo deducir el importe de una cena?

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quiere decir?

Me puse en pie sonriendo.

—Deseo invitarla a cenar —dije—. Como ve, algo completamente sencillo y natural.

Me imitó y quedarnos frente a frente.

—De acuerdo... si no intenta ponerme las manos encima.

—¿Le disgustaría?

—Inténtelo y lo sabrá.

Sonreía.

—Eso es algo que no puedo afirmar —dije—. Si de este modo acepta...

Se echó a reír.

—De acuerdo, pesquisa, a mí también me gusta el riesgo.
¿Adonde?

Vaciló un poco y, finalmente, lo soltó.

—Carretera 23 Oeste, míster Freeman. Hay varios moteles por allí, poco concurridos en esta época del año.

—¿Un lugar discreto?

—¡Claro que sí! Si le conviene...

Salimos.

Su coche era un «Lancia» modelo deportivo y lo miré por todos lados en tanto que Lorna me observaba a mí.

—¿Le gusta? —preguntó.

—Desde luego, así es.

—El suyo tampoco es mal coche.

—En ese caso, ¿cuál prefiere?

—Decididamente el mío —replicó.

Subimos. Yo frente al volante.

La miré a los ojos.

—¿Por qué me deja conducir a mí? —pregunté.

—De ese modo, míster Freeman, pendiente de la carretera, dejará en paz a mis piernas. Las está mirando demasiado y eso tampoco me gusta.

No respondí porque era verdad.

Simplemente me limité a dar el encendido, embragué y partimos.

Hora y media más tarde ambos nos encontrábamos cenando,

lejos de miradas indiscretas en el interior de una de las cabañas que había alquilado para pasar la noche.

* * *

Eran las cinco y media de la madrugada cuando alcancé mi apartamento.

Entré procurando no producir el más ligero rumor, pero aquello no sirvió de nada, ya que Dinorah se encontraba allí, sobre el sofá, con una revista en la mano.

Dinorah se puso en pie apenas me vio entrar.

—Creo, querido —dijo suavemente—, que tienes la cena fría.

—Cené en la calle.

Arqueó una ceja.

—¿Con quién? —preguntó.

—Con *mistress* Borden, esposa de...

—Sé quién es Lorna Borden, Pool —me dijo sorprendiéndome—. Tan hermosa como ligera de cascos... lo que la une a su marido. Apuesto a que fuiste a un motel y...

Hice un gesto con la mano en señal de paz.

—Nunca apuesto cuando sé que voy a perder —respondí—. Y tú, ¿hace mucho que estás esperando?

—Desde las tres.

El bolso estaba a su lado y al ver la dirección de mi mirada sonrió.

—Pasé por tu despacho antes de venir aquí, creyendo que te encontraría, pero no fue así. Valiente plantón, querido.

No deseando continuar por aquel terreno pregunté:

—¿Quieres una copa?

—Si te esperas dos o tres minutos, las serviré yo.

No dije nada por lo que preparó dos *whiskys*, y tan pronto como tuve uno de los vasos en la mano pregunté:

—¿Sabes si Bárbara Ricks tiene una hermana?

Me miró con asombro.

—¿Cómo puedo saberlo yo?

—Trabajas en el club de Stivell, ¿no es así?

—Sí, cierto, pero llevo muy pocas horas para... para... haber oído algo.

—En ese caso —respondí—, supongo que tampoco habrás oído nada respecto a la propia Babs, ¿verdad?

Dinorah hizo una mueca, levantó el vaso, bebió un poco y contestó:

—La verdad es que no se oye mucho, ¿comprendes? Bárbara Ricks era... Bueno, una muchacha que le gustaba alternar con los hombres. El propio Stivell, tú mismo —y tampoco la desmentí—. Ha salido con Moore, se ha visto con Lajos Borden y en fin, como te digo, con casi todos los buenos partidos que entran y salen del club. Antes en el Ancla de Oro y ahora... La verdad es que supongo que uno de ellos la mató por celos.

—¿Sí...? —pregunté con sorna—. ¿Y qué me dices de esos ciento cincuenta mil...?

—Stivell calla al respecto, Pool, ¿entiendes? Pero se sabe que los está buscando.

—Es un buen motivo para asesinar, ¿no?

—Sí, claro, así es.

Siguieron unos segundos de silencio que rompí con una nueva pregunta mientras rodeaba su cintura con uno de mis brazos:

—¿Qué sabes de Mónica?

Me miró con sorpresa, pero yo sabía que su gesto no obedecía a mi pregunta sino al brazo que la sujetaba.

—Es... otra parecida a Babs, y eso lo sabes tú mejor que yo, Pool.

No respondí en unos segundos.

—Mónica me dijo que era la amante de Borden. ¿Qué sabes de eso?

—Es lo que se comenta, pero nada más. Ahora, al parecer, las cosas andan tirantes entre los dos.

Recordé a Lorna Borden las horas pasadas en la intimidad y en el transcurso de las cuales no pude sacarle ningún dato de provecho.

Nada, como no fuera lo que ya me dijera en un principio.

—Sí, eso también lo sé.

—Te lo dijo *mistress* Borden, ¿verdad?

La miré a los ojos.

—Sí, así fue.

Siguió una nueva pausa que rompí.

—En cuanto a Stivell, ¿crees tú que pueda ser el asesino? Ciento cincuenta de los grandes...

Puso un dedo en mi boca y me interrumpí, mi brazo continuaba presionando su cintura y sus rojos labios estaban más cerca que nunca de los míos cuando susurró:

—Es muy tarde, Pool... y deseo descansar. ¿Por qué no dejas esa conversación para dentro de unas horas?

—Si lo hago, ¿de qué hablaremos?

Sus labios estaban mucho más cerca cuando respondió:

—Bésame ahora, Pool, y te lo diré.

Lo hice, suavemente, y susurró:

—Voy a quedarme. Lo entiendes, ¿verdad?

No respondí.

* * *

Lentamente me quité el cigarrillo de la boca y le miré a través de la mesa, pero no me puse en pie.

Tampoco me abroché la camisa ni arreglé el nudo de mi corbata.

El tipo que tenía frente a mí, enmarcado en el umbral de la puerta, observándome en silencio, en espera de que le invitara a pasar, no era de mi agrado.

No lo había sido nunca, y no obstante hice un ademán hacia uno de los sillones e indiqué:

—Pase y siéntese, míster Moore.

Lo hizo, se dejó caer sobre aquél y me miró.

—Han detenido a míster Stivell —dijo sin más preámbulos.

Respingué sin poderlo evitar.

—¿Los de Homicidios?

—Concretando, su amigo el teniente Barris.

No dije nada.

Esperaba.

Fue muy poco, ya que Moore rompió el silencio con una pregunta:

—¿No me pregunta por qué?

Me encogí burdamente de hombros.

—Para mí es obvio.

—Sí, quizá aunque nunca para mí. Míster Stivell no mató a su

chica.

—¿No...?

—No.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé y basta.

Saque el paquete de cigarrillos, encendí uno y pregunté:

—Bien, ¿a qué ha venido, míster Moore? Hizo una mueca y ante mi estupor dijo: —Creo, Freeman, que no nos vamos a entender—. No, si no me dice lo que quiere. Le vi vacilar, como luchando consigo mismo, hasta que estalló:

—¡Cuernos, pesquisa! Míster Stivell no lo hizo a pesar de que ella se llevó ciento cincuenta de los grandes de la caja, ¿entiende eso?

—Aún no me ha dicho para qué ha venido aquí, míster Moore —respondí con calma.

—Sí, claro, lleva razón —hizo una breve pausa y prosiguió—: Quiero que saque del lío a míster Stivell.

—¿Por qué?

Sin responder a mi pregunta añadió:

—Veinticinco de los grandes si consigue dar con el asesino de la chica, Freeman. ¿Qué responde?

Sonreí.

—Estoy trabajando en el caso —dije.

—Eso no me importa. Sé que tan pronto como hable con ese teniente lo dejará. Hará lo que ellos, Freeman, darle el carpetazo al asunto.

—¿Cómo está tan seguro?

Se puso en pie.

—Hable con el teniente y si decide continuar a pesar de lo que éste le diga, recibirá quince mil por adelantado y el resto al terminar con el trabajo.

Abandonó el despacho sin darme tiempo a responder.

CAPÍTULO V

Alargué la mano, tomé el auricular y disqué:

—Policía... ¿Dígame...?

—Con el teniente Barris —dije.

—De parte de...

—Pool Freeman —interrumpí.

—¿Cómo dijo...?

—Pool Freeman —repetí.

—Un momento, por favor.

Tres o cuatro segundos de espera y le oí preguntar:

—¿Pool...?

—Sí, yo mismo.

Hubo unos instantes de silencio y preguntó:

—¿Algún nuevo lío, pesquisa?

—¿Lío...? No, claro que no. Es que deseaba felicitarte, ¿sabes?

Su voz, al responder, tomó una curiosa nota de cautela.

—¿Felicitarme...? —indagó—. ¿Por qué?

—Por la captura de un asesino. ¿Arrestaste a Stivell?, ¿verdad?

Tardó un poco en contestar.

—Sí, así fue. ¿Quién te dio el soplo? ¿La pequeña Dinorah?

Me envaré.

—¿También sabes eso?

—Por supuesto, Pool. ¿Quién? ¿Ella?

—No. Ni mucho menos.

Otra pausa, ésta más corta que las dos anteriores y que el propio teniente rompió:

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Sí, claro.

—Oye, ¿por qué no me haces un favor?

—¿Y es...?

—¿Por qué no tomas tu coche y te vienes para acá? Discutiremos

eso... sin trampas. ¿Qué te parece?

Le dediqué una sonrisa al auricular.

—Sencillamente que mi presupuesto no alcanza ni para gasolina, Dick.

—Vete al cuerno, ¿quieres?

Colgó sin esperar mi respuesta, pero yo sabía que a pesar de su gesto, Dick Barris, teniente del Departamento de Homicidios de Nueva York, me estaba esperando.

Lentamente deposité el auricular sobre su soporte, me puse en pie, coloqué la «Magnum» y las correíllas bajo mi axila izquierda, cerré el despacho y utilizando el ascensor descendí hasta la planta baja.

La calle.

El «Mercedes».

Conduje hasta la Calle 20 en el Manhattan Oeste y cuarenta y cinco minutos más tarde me encontraba en presencia del teniente Barris.

—Pasa, sabueso —dijo—, y siéntate.

Tomé una silla, la arrastré hasta su mesa, me senté y le miré.

—Vamos, Pool, desembucha, ¿quieres?

Le sonreí, exactamente como debe hacerlo un conejo.

—Si mal no recuerdo, eres tú el que debes contarme algo, ¿no?

Me devolvió la sonrisa punto por punto.

—Sí —replicó; y quiso saber—. ¿Quién diablos te dio el soplo?

—Eso podemos dejarlo para más tarde, Dick. Vamos, ¿cómo fue? Me miró fijamente y volvió a la carga.

—Fue esa chica, ¿no? Dinorah Warren, ¿verdad?

—No fue ella, por mucho que te empeñes en lo contrario.

—Es la única que tuvo tiempo de hacerlo, Pool. Toda una noche. No repliqué. Esperaba.

Fue muy poco, ya que como suponía, repentinamente se decidió:

—De acuerdo, muchacho —dijo—, atrapamos a Stivell. No te explicaré todos los pormenores, pero unos cuantos de nuestros agentes fueron a la central con fotografías. Fue reconocido por varios de los empleados y por la muchacha que le vendió el billete para el *Philadelphia Express*. En el mismo tren que tomó Bárbara Ricks y con el mismo destino. Y ahora fíjate bien, pesquisa; Bárbara fue asesinada, como ya sabes, en la 30th Street y posteriormente

arrojada fuera del convoy por una de las ventanillas o por una de sus puertas. Stivell bajó del expreso en la estación inmediata y allí le recogió uno de sus hombres y le trajo en coche hasta Nueva York. Hemos establecido ese hecho sin lugar a dudas.

Pensé rápidamente y de resultas de mis pensamientos formulé una pregunta:

—¿Cuál es la acusación, Dick?

Me miró con asombro:

—Asesinato en primer grado, Pool —respondió—. ¿Sólo con esas pruebas?, Se echó a reír delante de mis propias barbas y respondió:

—¡Cierto que no, pesquisa! Uno de los revisores del *Philadelphia Express* los vio discutir acaloradamente unos minutos antes de que el tren entrara en un túnel. ¿Vas comprendiendo ahora? Estaban saliendo de la estación de la 30th Street cuando ocurrid el hecho.

No respondí en unos segundos, y cuando lo hice fue con una nueva pregunta:

—¿Qué hay de esos ciento cincuenta mil...?

—Stivell dice que la chica los llevaba consigo y... y que se los devolvió.

Pregunté:

—Si es así, ¿quién diablos revolió todo mi despacho? ¿Lo sabes tú, teniente?

—Stivell.

—¿Acaso te lo dijo él?

—Exactamente, Pool. Lo hizo como una especie de coartada. Buscaba algo que ya tenía en su poder porque Bárbara se lo dio para dar la impresión de que aquel día él no se movió de Nueva York.

Calló y yo tampoco dije nada.

Pensaba.

Dick se encargó de cortarlos en el punto más interesante.

—Y ahora tú, Pool —dijo.

Arqueé una ceja.

—Yo... ¿qué? —pregunté.

—Entre otras cosas, quiero saber el nombre de tu soplón, y les motivos que has tenido para venir aquí.

Respondí a la inversa.

—¿Motivos...? Bueno, tenía curiosidad por saber quién mató a

Babs..., curiosidad y algo más, ¿comprendes?; y sobre todo, los motivos que tenía la policía contra John Stivell.

Me miró suspicaz.

—¿Nada más? —preguntó.

—No, nada más.

Siguió un lapsus de silencio que se hizo un tanto pesado y que Barris se encargó de romper.

—¿Me crees tonto? Vamos, Pool, suéltalo de una vez, ¿quieres? ¿Cómo estabas seguro de que cazaron a Stivell si Dinorah no te lo dijo?

—Bueno..., el caso es que alguien está dispuesto a pagar veinticinco mil dólares si saco a Stivell del lío.

Saltó sobre el sillón como si en su fondo hubieran brotado alfileres.

—Repíte eso, Pool —pidió.

Y se lo repetí.

—¿Quién fue, Pool? Quiero su nombre, ¿comprendes?

Le dediqué una de mis mejores sonrisas.

—Vamos, Dick —repliqué—. Tú sabes que eso es secreto profesional y que estoy en mi derecho al negarme a darte la información.

Sus ojos se helaron, pegó un puñetazo sobre la mesa y se puso en pie de un salto.

No me moví.

—¡Vas a perder la licencia, Pool! Entiendes eso, ¿verdad?

Fue entonces cuando abandoné la silla y ambos quedamos frente a frente mirándonos a los ojos, y de los dos fui yo el que rompió el silencio:

—¿Para qué quieres saberlo si ya tienes a tu asesino, Dick? —pregunté—. ¿O es que aún no estás seguro?

—Vete al infierno, ¿quieres?

Inicié la retirada hacia la puerta.

Al ir a abrir, Dick preguntó a mi espalda:

—Pool, ¿es que sabes tú algo que yo no sepa? Vamos, muchacho, suél...

—¿Yo...? Sencillamente lo que yo te dije. Hay alguien que no ve el asunto tan claro como tú, y pongamos por caso, como el fiscal del distrito, ¿comprendes?

—¿Quién? ¿Mónica Ferguson?

Levanté las dos cejas.

—¿Por qué Mónica precisamente, Dick?

—Se la ha visto varias veces con él, y se rumorea que eran algo más que simples amigos. La prueba la tienes que la muchacha apenas si estuvo veinticuatro horas sin colocación.

—También se la ha visto con Lajos Borden y otros tantos más. Incluso conmigo, polizone. No lo olvides. Exactamente igual que Bárbara Ricks.

Salí sin esperar respuesta.

La noche estaba cayendo sobre los rascacielos del Manhattan cuando alcancé el «Mercedes».

Conduje lentamente hasta un *snack-bar* donde pedí una lata de cerveza y un bocadillo y a continuación fui a la cabina telefónica.

Disqué, pero Dinorah no se encontraba en el apartamento.

Pensando que tal vez se encontraría ensayando cualquiera sabe qué clase de canción o danza o en su defecto camino del club de Stivell, si es que la policía no lo había cerrado también, regresé a la barra y me dediqué a devorar mi bocadillo.

Mientras lo consumía pensaba en la Pella y deliciosa Loma Borden.

Y en Lajos, su marido, al que no había visto desde el momento en que le golpeé.

En Grace Ricks...

¿Y cómo no?, volví a recordar a Babs y su trágica muerte.

Con ciento cincuenta mil dólares. ¿Dónde estaba la verdad o la mentira en su asesinato?

Mi razón me aconsejaba dar el carpetazo, como vulgarmente se dice, a aquel asunto, pero mi corazón decía lo contrario.

Stivell...

Una vez más recordé que todo apuntaba en su dirección y desde el primer momento, incluyendo la visita que me hizo, conjuntamente con Moore, y tal vez por aquel hecho me resistía a creerlo.

Era... demasiado fácil.

Era... Bueno, ahora hacía falta saber si era verdad que Babs limpió su caja fuerte y si luego le devolvió aquellos dólares.

Unos dólares que en el transcurso de los días que estuvo en mi

apartamento no mencionó ni por equivocación.

Era... desesperante pensar en todo aquello.

Vueltas y más vueltas, como en un tiovivo, y al final, el mismo punto de partida.

Tomé la lata de cerveza y empecé a beber.

Aboné lo consumido y de nuevo me vi con el volante en las manos, ahora hacia el hotel Niza.

Deseaba saber qué pensaba Grace de todo aquello.

Lo supe nada más entrar, ya que estaba empacando.

—¿Se marcha? —pregunté innecesariamente.

Me sonrió.

—Sí, así es. Aquí ya nada me queda por hacer.

Hice una pausa y pregunté:

—¿Cuándo lo supo, Grace?

Su triste sonrisa se amplió:

—Hace poco, Pool —contestó—. Ese teniente de Homicidios me lo dijo. Barris creo que se llama, ¿verdad?

No me asombré de que Dick supiera de la estancia de Grace Ricks en Nueva York.

En aquel caso la policía se estaba moviendo con inusitada rapidez y yo sabía por qué.

John Stivell.

Ni más ni menos que Stivell.

Barris, entre otros, se la tenía jurada desde hacía mucho tiempo y por fin habían encontrado algo para procesarle de una vez por todas.

Asesinato en primer grado, y aquello solo significaba una cosa: la silla.

No, Barris ni el fiscal del distrito lo soltarían, caso de que no fuera el asesino, hasta que las pruebas en su favor fueran tan abrumadoras como para no dejar ni la más ligera duda de su inocencia.

Pensé en Moore cuando llevé la mano a la cartera y la extraje.

Unos billetes, empecé a contarlos y ella negó con la cabeza.

—Puede guardarse eso, pesquisa —dijo—. Pongamos que por esta vez con la intención bastó. Babs... Dígame, Pool, ¿era Bárbara su amante?

Yo también negué con la cabeza.

—Nada de eso, muchacha —y guardé la cartera—. Era... una buena amiga. La conocí una noche en el Ancla de Oro, bebimos, charlamos, incluso en varias ocasiones salimos juntos, pero nada más. Al quedar sin trabajo vino a mi apartamento y la dejé estar en él hasta que decidió marcharse, pero... pero... ni siquiera la besé. Me gustaría que creyera eso, Grace.

Se me acercó lentamente, sin dejar de mirarme a los ojos y musitó:

—No tiene que preocuparse, Pool —dijo lentamente— sé que me está diciendo la verdad. Entonces me besó.

Se lo devolví suavemente, pero no cometí la imprudencia de intentar ir más lejos sabiendo que su beso sólo significaba una cosa para mí: agradecimiento.

—A Filadelfia, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, claro, tomaré el expreso en la estación central —hizo una pausa y continuó más para sí misma que para mí—: Míster Stivell..., ¡quién lo hubiera dicho!

—¿Por qué no?

—Bueno... Babs no era una muchacha como las demás. Sentía pasión por los hombres y... —se interrumpió, como si tratara de coordinar sus ideas y prosiguió al cabo de unos segundos de silencio —: Stivell y ella eran buenos amigos, Pool.

Hice un gesto indefinible y pregunté, tal vez con un poco de ironía:

—¿Sí...? ¿Y cómo lo sabe usted?

—Babs me lo dijo en varias ocasiones. No de palabra, claro, pero sí me escribía. Lo hacía de tarde en tarde, pero..., pero... siempre habló bien de Stivell.

—No obstante —dije—, la policía lo detuvo. Al parecer, Babs tomó prestados unos cuantos miles de la caja fuerte de...

Me interrumpió:

—Sé todo eso, pesquisa —dijo— y para mí es muy difícil de creer.

No respondí hasta pasados varios segundos:

—Stivell mismo dijo que encontró a su hermana en el *Philadelphia Express*, y que allí le devolvió esos dólares.

—Eso mismo me dijo la policía —se encogió levemente de hombros, me volvió la espalda, se apartó un poco de mí y continuó

empacando mientras proseguía—: No sé lo que opinar, Pool. Babs hacía años que faltaba de casa y creo... que su vida no fue muy edificante. Por tanto, pudo cambiar mucho. Tanto como para hacer eso y más... o para convertirse poco menos que una desconocida para mí.

No respondí.

Pudiera tener o no razón, pero no era caso de empezar a discutirlo en aquel momento ni en ningún otro.

Grace se marchaba y a mí, como a ella en Nueva York, allí, tampoco me quedaba nada por hacer.

Le tendí la mano, y cuatro minutos más tarde me encontraba conduciendo ahora en dirección a Broadway.

Las piernas de Dinorah o quizá las de Mónica, podían hacerme olvidar un tanto los embrollados pensamientos que pululaban por el interior de mi mente.

Entré en el club yendo directamente a la barra.

Había una pareja en la pista y con el vaso de *whisky* en la mano estuve contemplando su actuación y al terminar aplaudí, exactamente lo mismo que todos los demás.

Luego fue Mónica.

Una danza japonesa; una de esas danzas de abanicos. Volví a prestar atención al vaso cuando el último de ellos cayó sobre la encerada pista, y di la espalda.

Nunca supe cuánto tiempo permanecí allí, sobre el alto taburete, con el vaso en la mano y los ojos fijos en el licor hasta que ella vino a mi lado.

—¿Te gustó? —preguntó, poniendo una de sus manos en mi brazo.

La miré.

—Nunca me dijiste que te exhibías de...

—Una tiene que vivir, querido —respondió fríamente.

No respondí a aquello, pero sí pregunté:

—¿Quieres tomar algo?

—*Whisky* —dijo—. Lo mismo que tú.

Hice una seña al barman, pedí el licor para Mónica y cuando se hubo alejado de nosotros, ella preguntó:

—Estás esperando a Dinorah, ¿verdad?

Sin preguntarme cómo diablos lo sabía ella, contesté:

—Sí, así es.

Me sonrió, y vi la burla en sus sensuales labios y en sus grandes y magníficos ojos, unos segundos antes de que me respondiera:

—No ha venido.

—¿Qué...?

Su burlona sonrisa se amplió.

—Sencillamente que no ha venido, ¿comprendes? Al parecer se asustó de la policía.

—¿Por qué de la policía, muchacha?

—¡Oh! Supongo que ya sabes que detuvieron a míster Stivell, ¿no? El es el dueño del local y por tanto nos han estado molestando a todos. Tal vez Dinorah no deseó que la «bofia» hablara con ella, ¿verdad?

La miré inquisitivo.

—Vine, pero no estaba seguro de encontrar el club abierto.

Mónica se encogió de hombros.

—Míster Stivell ordenó que no se cerrara. Pregunté:

—¿Has visto a Moore?

Arqueó una ceja y la burla que había en sus ojos se trocó en expectante.

—No. Tampoco vino.

—¿Y tu amante...?

—Míster Borden ya no es mi amante, pesquisa, y creí que ya lo sabías.

—No te sulfures, pequeña —dije—. Fue solo una frase.

—Que no me gustó, ¿comprendes?

—De acuerdo, Mónica, no te gustó. Y ahora que estamos de acuerdo, ¿quieres responder a mi pregunta?

—No he visto a míster Borden desde hace días, Pool —replicó—. Si eso te satisface...

Fue a responder y entonces le vi.

Completamente en solitario, sentado en una de las mesas, con un alto vaso en la mano, y me interrumpí para comentar al cabo de unos segundos de silencio:

—Ahí le tienes, preciosa.

Se volvió.

—No... no lo comprendo —dijo.

—¿No...?

Ladeó la cabeza y sus ojos me asaetearon inquisitivos.

—No, Pool, no lo comprendo. El... La verdad, querido, es que si vino en mi busca, está listo. Le prometí a *mistress* Borden dejarle tranquilo, y yo siempre cumplo mis promesas.

Aquello era nuevo para mí por lo que arqueé una ceja, vacilé un poco y sin dejar de mirarla a los ojos, que no desvió, pregunté:

—¿Estuviste hablando con *mistress* Borden?

—Cierto que sí, amor.

—¿Respecto a...?

—A todo, ¿entiendes?

Dudé un poco antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Cuánto te pagó para que lo dejaras en paz, Mónica?

—¡Pero, Pool...!

Y abrió mucho los ojos.

Sin hacer caso de su exclamación y mucho menos de su expresión, insistí:

—¿Cuánto?

—Pero... pero... ¡Nada, Pool! No me dio un solo centavo, ¿comprendes? Sólo hablamos y me convenció —hizo una ligera pausa y añadió—: Caso contrario, querido, aunque seas uno de esos pesquisas inteligentes, es algo que a ti no te importa ni poco ni mucho.

Sin esperar respuesta dio media vuelta y se alejó por entre las mesas en dirección a los camerinos y no hice nada por detenerla.

Regresé los ojos al vaso de *whisky* tan pronto como dejé de ver sus preciosas piernas envueltas en malla negra, lo apuré de un trago, aboné la consumición de los dos a pesar de que Mónica no había tocado el suyo, y lentamente me acerqué a la mesa que ocupaba Lajos Borden, marido de una mujer llamada Lorna.

Me vio antes de llegar adonde se encontraba.

CAPÍTULO VI

Me lanzó una mirada malévola cuando sin pronunciar palabra me senté frente a él y le miré largamente, en el mismo silencio de siempre, hasta que estalló sin poderse contener:

—¡Cuernos, fisgón! ¿Qué intenta con esa actitud? ¿Provocar un altercado?

Levanté una de mis cejas con gesto de asombro.

—¿Yo...? —pregunté a mi vez—. Pero si lo único que quiero es hablar con usted.

Vi su primera intención, que fue la de ponerse en pie, luego lo pensó mejor y replicó mordiendo las palabras:

—Desembuche y lárguese al infierno de una vez, ¿quiere?

Pensando en *mistress* Borden, su mujer, respondí:

—¿Dónde estuvo usted el día en que mataron a *miss* Ricks? Según dijo fuera de Nueva York, ¿verdad?

—A esa respuesta ya contesté a la policía, Freeman. Y por favor, márchese, o no tendré más remedio que formular una queja contra usted en el próximo precinto.

—¿Por qué?

Y para ayudar a mi pregunta puse el gesto más inocente del mundo.

—Por varias cosas, pesquisa, y usted sabe que puedo hacerlo. Ellos ya tienen al asesino; al verdadero asesino. Por tanto, no moleste más y lárguese.

No hice caso.

Y sin hacerlo retruqué:

—Dígame, míster Borden, ¿puedo saber a qué ha venido esta noche?

—Ésa es otra de las cosas que no le importan, Freeman.

Continué en mis trece al responder:

—¿Tal vez en busca de Mónica? Comprendo que tiene buenas piernas, una fachada imponente, pero se está jugando...

—¡Cállese!

Lo hice con gesto consternado y mirándole a los ojos.

Hasta que preguntó:

—¿Se marcha?

Respondí con otra pregunta:

—¿A qué vino esta noche, míster Borden?

—Eso no le...

Hice un gesto con la mano y se interrumpió.

—¿Sabía usted que *mistress* Borden habló con Mónica, míster...?

—¿Qué cuernos está diciendo?

—Su esposa, míster Borden —dije, apeando todo tratamiento—, visitó a Mónica y ambas quedaron de acuerdo para que ella rompiera sus relaciones con usted. Ahora deseo saber cuánto le pagaron a la muchacha para que desistiera. ¿Cuánto, Borden?

Se puso en pie y no me moví.

Me limité a decir, sin levantar la voz y desde la profundidad de la silla donde me encontraba sentado:

—Siéntese, ¿quiere? Estamos llamando la atención.

No lo hizo, lanzó una imprecación en voz baja, dio media vuelta y tomó el camino de la puerta de la calle.

Miré a mi alrededor.

Las parejas bailando en la pista, Mónica que brillaba por su ausencia, Stivell detenido, Moore que no se veía en parte alguna, y también maldije en voz baja.

Pero cuando lo hice mis pensamientos iban hacia Dinorah.

Cuatro minutos más tarde me encontraba en el interior del «Mercedes».

Estaba cansado cuando entré en mi apartamento, completamente a oscuras y consulté la esfera luminosa de mi reloj de pulsera.

Apenas las doce de la noche.

Dinorah se había acostado demasiado temprano; tenía necesidad de hablar con ella y me dispuse a despertarla.

Empecé a encender luces y entré en mi dormitorio.

Vacío, pero no tuve que buscar más.

Vi la nota en el sitio más destacado y asaltado por un súbito presentimiento me acerqué, pero aún tardé un poco en decidirme a tomar el trozo de papel, hasta que finalmente lo hice.

Empecé a leer:

«Pool: Una mujer... puede incluso dejarse seducir por un hombre, sobre todo si éste le agrada, pero también puede rectificar. Puede decirse a sí misma, aunque ya no haya remedio, aunque sea demasiado tarde, que no puede ni debe continuar. Perdóname, pero es así. Y no me busques. Sé de lo ocurrido a míster Stivell y como cosa lógica, ya no tengo porque ir al club, ni para actuar, ni para nada.

»Que tengas suerte.

»*Dinorah*».

Miré a mi alrededor y fue entonces cuando me di cuenta que el apartamento había sido registrado concienzudamente, pero por un experto.

Por una persona acostumbrada a hacerlo y me pregunté por qué. ¿Qué buscaban o qué buscaba el que fuera?

Según la propia confesión de Stivell, Bárbara le había devuelto los ciento cincuenta mil dólares.

En ese caso, ¿por qué?

Me encogí de hombros, tomé el papel de Dinorah, lo leí por segunda vez y a continuación lo rompí en menudos pedacitos.

Hecho esto me fui a dormir, maldiciendo como un loco.

Lo mismo que en noches atrás, en aquélla tampoco pude pegar un ojo.

* * *

Vi a Moore al atardecer del día siguiente en el despacho del club.

Un despacho que pertenecía a John Stivell.

De los dos, fue Moore el que formuló la primera pregunta:

—¿Viene a decirme que va a hacerse cargo del caso, pesquisa?

Hice una mueca, me senté frente a él y respondí:

—Vengo a hacerle unas preguntas.

—Eso quiere decir...

—Que como ya le dije, estoy trabajando en él desde un principio.

—Pero no para míster Stivell, ¿verdad?

—No para Stivell —repetí.

Vaciló un poco y, finalmente, respondió:

—En ese caso, pesquisa, creo que poco voy a poder decirle.

—Stivell perderá más, Moore —dije—. Es él y no yo quien está en la cárcel acusado de asesinato en primer gra...

Hizo un gesto, me interrumpí y respondió:

—De acuerdo, Freeman, usted gana. ¿Qué quiere saber?

—La verdad de todo.

Me miró sorprendido.

—¿Qué verdad es ésta? —inquirió.

—La muchacha, Moore. Quiero que me diga qué relaciones le unían a Stivell.

—De eso ya hablamos, ¿recuerda?

—Y, ¿me dijo la verdad?

—Sí, así es.

Dudé unos segundos antes de decidirme a formular una nueva pregunta:

—Conteste a esto que es muy importante, Moore, ¿comprende?

—asintió en silencio y continué—: La policía, ¿encontró el arma?

Se encogió de hombros mirándome sorprendido.

—No. Por lo menos, no que yo sepa. ¿Es eso importante?

Pensé que para los intereses de Stivell sí que lo era, pero no se lo dije a él.

—Tal vez lo sea.

¿Y...?

—Pasemos a otra cosa, Moore. Lorna Borden, ¿qué puede decirme de ella?

—Tiene sexy y lo sabe. Lo cultiva además.

—¿Con Stivell?

—¿Y por qué no? Es un círculo, pesquisa, dentro del cual nos movemos todos. Ahora reventó por un lado y la faena... será el

volverlo a componer.

—Es... algo así como Mónica y Babs, ¿no? —Disparé.

Sonrió de oreja a oreja.

—Así es... Por lo menos, algo parecido.

Pensé durante unos segundos y formulé una nueva pregunta:

—¿Qué le parece la entrevista celebrada por Mónica con *mistress* Borden? Me miró con asombro.

—¡Cuernos, pesquisa! —exclamó—. ¿Quién le dio la noticia?

Respondí con otra pregunta:

—¿Estaba enterado, Moore?

—No. Y ésa es la verdad —hizo una pausa y exclamó—: ¡Diablos con *mistress* Borden!, jamás hubiera sospechado una cosa como ésa.

No respondí en unos segundos en el transcurso de los cuales medité profundamente.

—Dígame —pedí—, ¿sabe si Babs sostuvo alguna entrevista con *mistress* Borden?

—La respuesta es la misma que la anterior, pesquisa —respondió—. No, no lo sé... y no puedo creerlo. Lorna Borden es una mujer ligera de cascos pero nunca, como le dije, creí que lo fuera tanto.

Una vez más medité, y ahora traduje mis pensamientos en una sola pregunta:

—¿Sabe si los de Homicidios encontraron el arma con la que mataron a Bárbara?

Moore entrecerró los ojos antes de contestar:

—No. Y si quiere que le diga la verdad, me olvidé de preguntarle a míster Stivell. No respondí por lo que añadió:

—¿Es importante?

—Puede serlo en un momento determinado.

Callamos hasta que de un modo repentino adopté una decisión y me puse en pie.

Moore no se movió del sillón que ocupaba detrás de la mesa de Stivell, pero sí preguntó:

—¿Se marcha?

Sonreí, pero mi sonrisa era dura.

—Sí —dije— aquí, por el momento, nada me queda por hacer.

—Venga cuando guste y charlaremos, pesquisa —dijo.

Pero no me tendió la mano ni yo alargué la mía.

Simplemente le di la espalda, crucé el umbral y cerré a mi

espalda.

Salí a la calle sin entretenerme en ir a la barra para tornar una copa de cualquier clase de licor y conduciendo lentamente busque un *snack*.

Entré, pedí un *whisky* y en tanto me lo servían me encaminé a una de las cabinas telefónicas.

Disqué.

Unos segundos más tarde tenía al otro lado del hilo al teniente Barris del Departamento de Homicidios.

—Hola. Dick —saludé.

Y me pareció ver la mueca que en aquel momento y de modo indudable, le estaba dedicando al auricular.

—Hola, Pool —replicó—. ¿Qué quieres ahora?

Sonreí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Siguió un silencio que se me antojó desmesuradamente largo y que rompió de un modo repentino.

—Desembucha. Te estoy escuchando.

No vacilé en formularla sabiendo lo que iba a seguir a continuación:

—¿Qué sabes del arma con la que asesinaron a Bárbara Ricks?

Le oí dar un resoplido y aguardé.

Cuestión de unos segundos y respondió:

—Una «Colt» automática calibre 22. ¿Por qué?

Y su voz, como otras veces, sonó cautelosa a mis oídos.

—¿Tienes el arma?

Debió soltar un respingo porque oí algo raro al otro extremo de la línea y me preparé.

Pero no ocurrió lo que esperaba.

No se puso a vociferar ni maldijo, lo que me asombró, palabra, cuando respondió con otra pregunta:

—¿Para qué quieres saberlo?

—Responde, Dick —repliqué, haciendo caso omiso de la suya—. ¿La tienes?

—No pudimos encontrarla, Pool. Pero ¿qué diablos...?

Le interrumpí.

—Te lo contaré luego.

—Oye, pesquisa barato —chilló—, me lo vas a contar ahora

mismo. ¿Qué diablos ocurre con ese ar...?

Corté la comunicación, deposité el auricular en su soporte y regresé a la barra.

Lentamente, consumí el *whisky*, pagué y salí a la calle.

Sombras.

Tinieblas que disipaban las luces multicolores de los anuncios luminosos, del alumbrado público y de las grandes e iluminadas ventanas de los rascacielos de Manhattan.

Me acerqué al «Mercedes», abrí la portezuela... y empecé a conducir, una vez más hacia el club de Stivell.

Un *gángster* con piel de cordero, pero aquello no era de mi incumbencia, sino de los del FBI o del Departamento del Tesoro.

Tampoco luchaba por él, sino porque deseaba ver entre rejas al asesino de Babs y no por su hermana ni mucho menos.

Babs fue amiga mía, ella... Bueno, llegó un momento en que hubiera bastado una sola palabra mía para que se quedara de una vez para siempre en mi apartamento.

Una palabra, como ya pensara en veces anteriores, que me dolía no haber pronunciado.

Stivell estaba en la cárcel esperando ser juzgado por el asesinato y, sin embargo, algo en mi interior me decía que no la había matado.

Era un *gángster*, desde luego, pero operaba de distinto modo. Más, mucho más peligroso que un asesino.

Era un criminal, o quizá lo fuera, pero de otro modo.

Tenía clase.

Podía dejarle ir a la silla eléctrica y me lo agradecerían, pero de hacerle así, jamás estaría de acuerdo con mi propia conciencia, dejando suelto al verdadero asesino.

Cerca del club cambié el curso de mis pensamientos y en mi mente apareció la deliciosa figura de Dinorah Warren.

Una muchacha que vino de Filadelfia utilizando el mismo expreso que Bárbara.

Una deliciosa chiquilla a la que ya no vería más, que se había ido, sin una sola explicación, de un modo incomprensible para mí.

Detuve el coche frente a la puerta del club, entré y, lentamente, luego de lanzar una mirada a mi alrededor, me encaminé a la barra, sin ver a Moore, a Borden ni a su mujer.

Mónica tampoco se encontraba presente, pero podía estar en su camerino.

Pedí un *whisky* y pregunté:

—¿Ha venido Mónica?

El barman me miró con curiosidad.

—¿Amigo suyo?

Sonreí tomando el vaso.

—Sí —afirmé.

—Está en su camerino —dijo.

Di las gracias, tomé el vaso y bebí un largo trago.

Se estaba cambiando cuando entré.

Me miró largamente, luego sonrió y por fin exclamó:

—¡Tú! Confieso que no te esperaba.

—¿Por qué?

Su sonrisa se amplió.

—Dinorah —dijo, sencillamente.

—Ella no cuenta ahora.

—¿No...? ¿Por qué?

—Se marchó —replique—. Posiblemente, a Filadelfia. Me miró, burlona.

—Y, claro, ahora tú quieres contarle las penas a la pequeña Mónica.

Se me acercó, mirándome a los ojos.

—¿Te importaría mucho que así fuera?

—¡Claro que no!

—En ese caso, tal vez puedo preguntarte si tienes algún compromiso para esta noche.

—Voy a irme a casa, Pool.

—¿Sola?

Me miró, suspicaz.

—¿Acaso tienes otra idea? —preguntó.

—Bueno, puedo invitarte a unas copas.

—¿A dónde? ¿En mi apartamento?

Sonreí.

—O en el mío —dije—. ¿Te decides?

Clavó los ojos en el suelo, en las puntas de los dedos de sus pies desnudos.

—Lo pensaré, Pool.

—¿Tardarás mucho?

—El tiempo de terminar de vestirme.

¿Y...?

Se apartó un poco y, siempre sin mirarme, respondió:

—Espérame a la salida, pero por la puerta de atrás. A las tres, Pool, pero procura no darme plantón o te arañaré.

Me volví hacia la puerta y preguntó:

—No irás a acosarme a preguntas, ¿verdad?

—Te daré un beso en la nariz y nada de preguntas, Mónica — dije.

—Eso está mejor, querido —respondió, unos segundos antes de que abriera la puerta para salir.

Lo hice y de nuevo me vi en la barra, frente al vaso de *whisky*, pensando.

En Bárbara.

En el *Philadelphia Express* y en tantas y tantas cosas como habían ocurrido desde que empezara todo aquello.

Borden por un lado, Lorna por otro, Mónica, mi cita con ella, el motel con Lorna, Dinorah... Y todos eran factores en aquel embrollo.

Y una pieza que faltaba al rompecabezas. Una pieza que podía ser la propia Mónica o Dinorah.

Pero la última, ¿por qué?

Una pregunta que, como otras muchas, no tenía respuesta alguna.

La detención de John Stivell, dueño del club en cuyo interior me encontraba ahora; aquellos ciento cincuenta mil dólares.

Y la huida de Dinorah.

¿Por qué..., por qué...?

Me encogí de hombros, bebí un poco y consulté el reloj.

Las doce de la noche.

El tiempo, hasta aquel momento, había transcurrido velozmente para mí. A partir de entonces... Me encogí de hombros.

Tres horas para una cita, tres... ¿Para qué?

Ni yo mismo lo sabía.

El nombre de Babs y el de Dinorah danzaban en el interior de mi mente una danza infernal, pero aquello no era lo malo; eso venía después, cuando me daba cuenta de que en el centro de aquella

danza me encontraba yo, atado de pies y manos, y un hombre, aunque se lo mereciera, esperaba en una celda su juicio por un asesinato, en primer grado, que quizá no había cometido.

Una vez más levanté el vaso para beber, pero ahora apuré el *whisky* de un solo trago y me volví a mirar. Mónica interpretaba una danza japonesa.

La danza de los siete velos.

Era... algo difícil de olvidar, por lo que cuando el último cayó al suelo, desvié los ojos hacia la barra, hice una seña al barman, aboné el *whisky* y salí a la calle.

A partir de entonces hasta las tres de la madrugada deambulé de un lado para otro hasta que estacioné el «Mercedes» al otro lado de la calleja, pero frente por frente a la puerta posterior del club.

Descendí, crucé, y con el cigarrillo en los labios, esperé fumando plácidamente.

Cuatro minutos más tarde la vi salir.

—¿Nos vamos?

—¿Impaciente?

Sonreí.

—Nunca lo estoy, pequeña.

La prendí de un brazo y se dejó conducir en dirección al «Mercedes».

La ancha avenida iluminada, las sombras de la calleja donde nos encontrábamos en aquel momento, el silencio alrededor, sólo roto por el grácil taconeo de Mónica.

Mediábamos el camino cuando vi el coche y, sin pensarlo dos veces, aun sin saber si me equivocaba o no, la empujé, lanzándola al suelo, e hice lo propio cuando ya el zumbido del motor llenaba mis oídos y la calleja.

Luego fue el chirrido de sus llantas sobre el asfalto cuando se detuvo en seco, dejando en el suelo dos tiras negras, y el ruido que produjeron las portezuelas al abrirse.

Extraje la «Magnum» justo en el momento en que empezaban a dispararnos.

Rodé un par de veces, apartándome del cuerpo de Sónica, y apreté el gatillo.

Una sola vez, y hasta mis oídos, llegó el tableteo de una pistola ametralladora.

Me pegué contra el asfalto, pero los disparos no eran en mi contra ni mucho menos.

Ante mis estupefactos ojos los vi caer, revolcarse en el suelo en los estertores de la agonía, y me puse en pie.

Miré a Mónica.

Se estaba poniendo de rodillas, y sin soltar la automática, corrí hacia la esquina inmediata.

Sólo llegué a tiempo de ver el coche, una mata de pelo, una ventanilla que durante un par de segundos quedó a la altura de mis ojos y el coche, un «Buick» sedán pintado en negro, desapareció por la siguiente bocacalle, patinando sobre dos ruedas y dejando trozos de goma en el bordillo de la acera y pintura en uno de los postes del alumbrado, que rozó con uno de los guardabarros.

Regresé sobre mis pasos con la mente hecha un verdadero caos.

Con la espalda pegada a la pared, con los ojos desorbitados, Mónica contemplaba los cadáveres de los tres hombres.

Me acerqué rápidamente, la tomé de un brazo y tiré de ella hacia el coche.

—Vamos, pequeña —dije—, si no quieres que nos pesquen. Dentro de poco, esto será un hervidero de policías.

No me respondió.

Se limitó a correr a mi lado y dos minutos más tarde se colocó junto a mí y empecé a conducir.

Transcurrieron los primeros minutos en el más completo silencio, que al parecer ninguno de los dos nos atrevíamos a romper.

Me vio antes de llegar adonde se encontraba.

CAPÍTULO VII

Hasta que lo hizo ella, de un modo repentino:

—¿Qué... fue lo que pasó, Pool? Intenté una sonrisa.

—Alguien quiso eliminarme, querida —repliqué.

—Sí, eso ya lo sé. Pero... pero... eran tres, ¿no? ¿Quiénes, Pool?

—No lo sé. Simplemente los mandaron contra mí, y eso es todo lo que puedo decirte.

Había otra pregunta por hacer, y la formuló:

—¿Quién los mató? Es... es horrible.

Respondí:

—No lo sé. Empezaron a disparar desde una esquina, pero no pude ver quién fue la persona que salió en nuestra ayuda, Mónica —mentí.

Arqueó una ceja.

Pude verlo perfectamente a través del espejo retrovisor.

—Pool.

—¿Sí...?

—¿Estás seguro de eso?

—¿De qué?

—¿De que no viste al tipo que salió en nuestra ayuda? —Sí, así es— repliqué, preguntándome *in mente* a dónde diablos quería ir a parar.

—Yo... Bueno, no estoy segura, ¿sabes?; pero me pareció ver que se trataba de una mujer.

Le lancé una fugaz y asombrada mirada.

—¿Estás segura?

—Ya te he dicho que no —hizo una ligera pausa y de un modo inopinado preguntó—: No crees que míster Stivell la matara, ¿verdad?

Me encogí de hombros y confesé:

—La verdad es que no lo sé, muchacha. No obstante, todo le acusa. Esos ciento cincuenta de los grandes son un buen motivo para asesinar, ¿verdad?

—Sí, así es.

No respondí y callamos.

El edificio donde tenía mi apartamento.

Detuve el «Mercedes» y la miré.

—¿Subes?

—Deseas que me quede contigo, ¿no?

—Sí, así es.

Abrió la portezuela y saltó sobre la acera.

Unos segundos más tarde, llevándola de la cintura, entramos en el ascensor, pulsé el botón que tenía que lanzarnos hacia arriba y volvimos a mirarnos.

—Pool..., yo...

Se me colgó del cuello y perdimos el control hasta que no nos encontramos en el pasillo, camino de mi apartamento.

Entramos y del brazo la llevé hasta el *living*, y allí se sentó en el sofá.

—Supongo que querrás algo para beber, ¿verdad?

Me sonrió, y sabía sonreír, palabra.

—¡Claro! —afirmó—. Me está haciendo falta un trago. He... he pasado mucho miedo.

Se estremeció sin poderlo evitar, y di media vuelta camino del pequeño bar.

Cuando me volví, Mónica, con una pierna sobre la otra, la minifalda casi por la cintura, me miraba pensativamente.

Me acerqué, le di uno de los vasos y me senté a su lado, rodeando su talle con uno de mis brazos.

Me miró fijamente y pregunté:

—¿En qué piensas, muchacha?

Inclinó la cabeza, me besó suavemente en los labios y respondió:

—¡Diablos, Pool!, no quería hablar de todo esto, pero... pero... lo ocurrido en la calle me hace pensar y pensar, y la verdad es que por mucho que pienso no llego a ninguna parte.

Levantó el vaso y bebió un poco sin que yo respondiera.

También meditaba.

En aquello que me estaba diciendo y en algo más, hasta que de un modo repentino, y ante el estupor de sus bellos ojos, me puse en pie y me acerqué al teléfono.

Levanté el auricular y casqué.

Muy poco, unos segundos, y oí la voz:

—¿Sí? ¿Dígame...?

—Operadora, deme larga distancia, ¿quiere? Con Filadelfia.

Desde el sofá, Mónica no me quitaba los ojos de encima.

—¿Que numero de Filadelfia, míster...?

Di mi nombre, el número de mi teléfono, el que necesitaba y la oí decir:

—No se retire, por favor.

Fue en aquel momento cuando Mónica empezó a hablar, como obsesionada por una idea fija:

—Aún me parece verla, Pool. Coqueteando con Borden, con el propio míster Stivell, contigo y con tantos y tantos otros.

La miré sin apartar el auricular de mi oído.

—¿Estás hablando de ti misma, Mónica?

Abrió mucho los ojos.

—¡Un cuerno! —estalló, con absoluta desvergüenza—. Me refería a Bárbara y tú lo sabes. Primero, Borden..., hasta que tropezó conmigo, ¿entiendes?

—¿Quieres decir que Babs era la amante de Lajos Borden y que éste la largó con viento fresco cuando tropezó contigo?

—Poco más o menos así es.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio y llamé:

—Operadora..., operadora... —¿Sí...? ¿Dígame...?

—Anule esa llamada a Filadelfia, y gracias.

—A usted, míster Freeman.

Cortó la comunicación, depositó el auricular en su soporte y me acerqué a Mónica.

Y de los dos, fue ella la que primero formuló una pregunta:

—¿Puedo saber a quién llamabas, Pool?

Sonreí, pero sé, de modo positivo, que mi sonrisa era dura.

—A un amigo mío que es detective privado, muchacha.

Me miró con asombro.

—¿Para qué? —preguntó—. No sospecharás que a Bárbara la mató su propia hermana, ¿verdad?

—No —dije.

Y cuando negué, me encontraba pensando en Dinorah Warren y en el Philadelphia *Express*.

En su viaje hasta Nueva York, según dijo, en aquel tren, pero ahora ya no hacía falta que verificara si me había dicho la verdad o no.

Ahora ya sabía quién era el asesino.

—En ese caso, ¿qué diablos...?

—Nada de diablos, Mónica —dije—. Iba a hacerle una pregunta..., o, mejor dicho, quería que averiguara algo respecto a una mujer.

Arqueó una ceja.

—¿Dinorah Warren, querido?

—¿Cómo lo sabes?

—Atando cabos. Dinorah dijo a quien quiso escucharla que venía de Filadelfia. De uno de los clubs de esa ciudad. ¿Me equivoco?

—No.

Siguió una pausa extraordinariamente pequeña y que Mónica rompió:

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión, Pool?

—Tú —respondí, sin una sola vacilación.

Desorbitó los ojos.

—¿Yo...? ¿Por qué?

Dejé transcurrir unos segundos y espeté:

—¿Por qué mataste a Babs, Mónica?

Se puso en pie de un salto y el *whisky*, conjuntamente con el vaso, cayeron sobre la alfombra que cubría el suelo, pero ella ni siquiera se dio cuenta.

Se me acercó, mirándome fijamente a los ojos.

—¿Que yo..., que...? ¿Qué es lo que quieres hacer conmigo, pesquisa? ¿Tanto te pagó Stivell para que buscaras a un nuevo asesino de Bar...?

La interrumpí:

—¿Y no fue así, Mónica?

Se me acercó más.

Nos rozábamos cuando respondió:

—No, Pool, no la maté, y tú lo sabes. ¿Cuál... cuál es tu juego?

Fingí pensarlo por un breve espacio de tiempo y luego dije:

—Explícate, Mónica, ¿quieres? Si no fuiste tú, ¿quién? Ella iba detrás de Borden, deseaba recuperarlo a toda costa, pero tú no estabas dispuesta a consentirlo. Supiste por boca de Stivell o de alguno de sus sicarios que Babs se había hecho con algo que no era suyo, y la mataste sabiendo que ciento cincuenta de los grandes eran un motivo más que suficiente para que un hombre como Stivell ideara liquidarla, y lo hiciste tú, repito, y ocurrió lo que esperabas: John Stivell cargó con el mochuelo.

Tenía el rostro horrorosamente pálido al contestar:

—Es... una buena trampa, Pool, la mejor, pero si Stivell es inocente, yo tampoco la maté.

—¿No...? Entonces, ¿quieres decirme cuánto te pagó *mistress* Borden para que rompieras tus relaciones con él?

Desvió los ojos de los míos, vaciló, dio media vuelta y de nuevo, sentada en el sofá, con una pierna sobre la otra, me miró detenidamente y respondió:

—Veinticinco mil dólares. Me mostré reacia a aceptar y se puso furiosa. Dijo que tenía que escoger entre una bala en la cabeza o esos veinticinco mil. Yo... acepté. Tuve miedo y... Bueno, Pool, entre otras cosas, me dijo que me guardara muy bien de contarle a la policía su visita o me denunciaría por calumnias. Ella... es una mujer que pertenece, según dicen, a una sociedad más alta, más limpia que la mía, y... me tocaría perder. Su palabra contra la mía, ¿no? ¿A quién escucharían de las dos? Por tanto, tomé los billetes y... y aquello terminó. Ahora, si no me crees...

Sabía que me estaba diciendo la verdad, que iba a decírmela desde mucho antes de formular mi acusación contra ella, y si lo hice fue solo por ese motivo. Deseaba saber lo que me ocultaba, y ahora...

Sonreí para tranquilizarla, tomé el vaso, bebí un poco, me senté a su lado y la miré a los ojos.

—Nunca sospeché de ti, Mónica —dije—; sólo quise asustarte porque me estabas mintiendo. Y ahora..., calla, por favor.

Babs, Mónica, Dinorah, ciento cincuenta mil dólares y un coqueteo. Incluso Stivell se había visto envuelto en él.

Moore dijo varias cosas, Lorna Borden, también, y aquello apuntaba dos posibilidades.

Fue entonces cuando algo explotó en el interior de mi mente y me puse en pie ante el sobresalto de Mónica.

—Puedes quedarte si lo deseas, pequeña —dije— yo, aunque lo sienta, me voy ahora.

—Pool...

—¿Sí...?

—No me irás a decir...

Abrí la puerta y se interrumpió.

—Sí, muchacha, así es —dije, y salí.

Consulté el reloj mientras me acercaba al «Mercedes».

Las cuatro y media de la madrugada.

Hice una mueca.

Dos posibilidades.

Sólo dos, y una de ellas escondía a un asesino.

Iba a comprobar la primera, dentro de unos minutos.

Estaba seguro de que a aquella hora mi visita iba a ser completamente intempestiva, pero cualquier hora es buena para molestar a un asesino, o a un supuesto asesino.

Lorna Borden...

Empecé a conducir rápidamente, y a las cinco en punto, cuando ya en la distancia, en la inconmensurable distancia del horizonte, y por detrás de los rascacielos de Manhattan, nacía un nuevo día.

Una cabina telefónica.

Detuve el coche y entré.

Tres minutos más tarde tenía en mi poder la dirección que buscaba; cierto que pude hacerlo en presencia de Mónica, en el interior de mi apartamento, pero hablando con claridad, aún no me fiaba de ella.

Por lo menos, no del todo.

Conduje hasta allí.

Calle 32 Oeste.

Detuve el coche frente a la puerta, cuantío ya era completamente de día, crucé la acera y entré en el portal.

Miré las tablillas indicadoras.

Piso octavo, apartamento

423-F.

Empecé a subir, peldaño a peldaño, piso por piso, hasta eme de un modo repentino me vi frente a un largo pasillo, sobrio y

elegante, y entonces empecé a buscar los apartamentos.

Frente a la puerta del

428-F

vacilé un poco, y acto seguido levanté la mano derecha y hundí el pulgar en el botón del zumbador.

Esperé, y en tanto lo hacía, pasé la «Magnum» de la funda de la axila al bolsillo derecho de mi americana.

Y al hacerlo pensé que tal vez Mónica, usando mi propio teléfono, podía haber dado el sople.

Unos segundos más, levanté la mano para llamar por segunda vez, y justo en aquel preciso instante, la puerta se abrió.

Vi sus ojos llenos de asombro y saludé:

—Buenos días... Creo que es demasiado temprano para hacer visitas, ¿no?

—Sí, un poco.

Una pausa, muy pequeña, y pregunté:

—¿Puedo pasar?

Vaciló, aquello fue obvio para mí, pero finalmente se apartó a un lado.

—Adelante, pesquisa —dijo—, pero sea breve. Me marchó dentro de unos minutos.

—¿Fuera de Nueva York?

Me dedicó una sonrisa.

—Estaba empacando. Es decir, terminando de empacar..., pero el viaje no será largo. Cuestión de unos días.

—¿Filadelfia? —pregunté.

Me miró, suspicaz.

—No, claro que no. Voy a Frisco. Viaje de negocios. Comprenda, ahora yo...

Se interrumpió justo en el momento en que entrábamos en el *living*.

Sobre la mesita, una maleta de las llamadas de avión, abierta.

Desde donde me encontraba podía ver parte de la ropa que contenía y entonces me preguntó si allí habría algo más que ropa.

Inquirí:

—¿No quiere saber a qué he venido aquí?

Levantó una de sus cejas, me dedicó una sonrisa y respondió:

—Seguro, pesquisa, y espero que usted me lo diga.

—*Miss Bárbara Ricks.*

—¿Otra vez?

Le devolví la sonrisa.

—Será la última.

—¿Cómo...?

Amplíe la sonrisa.

—Sé quién la mató, Moore —afirmé, un tanto secamente.

Dio un respingo, me miró con asombro y preguntó:

—¿Quién? ¿Y para qué viene a molestarme con esa...? Bueno, suéltelo y váyase, o me hará perder el avión.

—*Mistress Borden* lo hizo, ¿comprende?

Sus ojos me miraron asombrados.

—¿Qué...? Explíqueme, ¿quiere?

—Es sencillo. Usted... dijo... que *Mónica* cultivaba su *sexy* con *Stivell*. Lo mismo que *Babs*, ¿no? Exactamente igual que *mistress Borden*, tanto con usted, conmigo o con otro cualquiera, ¿verdad?

—Sí, claro. No en esas palabras, pero creo recordar que le dije algo. Y eso, ¿qué tiene que ver con *mistress Lorna*...?

—Bastante, Moore, y para probarlo, la necesito a usted.

—¿Sí...? ¿Para qué?

Estaba en guardia, tenso como un manojo de cables de acero.

—Responda, ¿quiere? ¿Tuvo relaciones íntimas con *Bárbara Ricks*?

—¿Quién, yo? Está usted loco, pesquisa.

—No son ésas mis noticias, Moore —respondí—. *Mónica* afirma que así fue —mentí, con cinismo—. Usted, Moore, sostenía relaciones con *Babs*, tal vez a espaldas del propio *Borden*, y quizá sin que *Stivell* lo supiera.

—Y eso, ¿dónde nos deja, pesquisa?

Le miré con un bien fingido gesto de asombro y disparé:

—Creo que me estoy precipitando en mi juicio, ¿verdad?

—¿Qué juicio, *Freeman*?

—Bueno, eso es algo que no sé, pero me da la impresión de que enfoqué mal el asunto, ¿no? *Mistress Borden* no asesinó a *Bárbara*, Moore —añadí, en tono burlón—; lo hizo usted, y por dos razones.

—¿Sí...?

Se me acercó y retrocedí uno o dos pasos.

—Desde luego, sí, ¿comprende?

—Aún no.

Continuaba sin hacer un solo ademán agresivo, pero la expresión de sus ojos no me gustaba.

—Continúe, tipo listo —añadió—. ¿Cómo y por qué maté a Babs?

Fruncí los labios y respondí:

—Por celos o por odio, Moore. Ésas son mis dos razones. Bárbara era una mujer que tenía algo que subyugaba a los hombres. Lo sabíamos, pero de un modo u otro terminábamos envueltos en sus redes. Stivell, míster Borden, usted..., y de este modo, hasta el día en que la policía cerró el Ancla de Oro...

—¿Y usted no, Freeman? —Me interrumpid.

—«Puedes quedarte, pero no te hagas ilusiones» —le contesté—. Eso fue lo que le dije cuando entró en mi apartamento, y así ocurrió. Ciertamente que en más de una ocasión estuve a punto de sucumbir y..., sí, quizá la haya amado, pero supe... supe —me interrumpí, hice un gesto con la mano y proseguí—: Eso no conduce a nada, Moore, y, por tanto, voy a continuar con la verdadera historia. De un modo repentino, Bárbara se encontró sola en Nueva York, sin empleo y sin un amigo, ya que lo mismo que jugaba con los hombres, éstos habían terminado por jugar con ella. Todos menos uno: usted, Moore. Me sigue, ¿verdad? Pues si es así, continúo: No podía pedirle un favor a nadie, ni siquiera un empleo; no tenía seguridad en nada, ni confianza en nadie, pero por mediación de Stivell descubrió dónde guardaba un montón de dólares. Lo descubrió o ya lo sabía de antiguo, por lo que se los llevó. Fue entonces cuando vino a mi apartamento y allí se quedó unos días, pensando que al cabo de un tiempo las cosas se olvidarían un poco. Stivell no dio parte a la policía, la quería a ella y a esos dólares, y, por tanto, empezó a buscarla..., conjuntamente con usted, aunque, en honor a la verdad, Stivell no sabía de sus relaciones con ella. Sospecho que los dos o ambos al mismo tiempo cayeron en la cuenta de que amistosamente, en Nueva York, había otro hombre que la conocía, que era su amigo. Un tal Pool Freeman; me comprende, ¿verdad?

Hice una ligera pausa y continué, en vista de que Moore se mantenía en silencio, y sin dejar de mirarme:

—Sospecho también que empezaron a vigilarme a mí, y a la casa

donde vivo, ¿no? Un día la vieron salir. Usted o Stivell, o ambos al mismo tiempo, pero por separado, y la siguieron hasta la Gran Estación Central. La dejaron subir y... Bueno, Moore, creo que usted descubrió la vigilancia de Stivell y esperó una oportunidad que se produjo cuando el *Philadelphia Express* abandonó la estación de la 30th Street.

Se echó a reír.

Confieso que no lo esperaba, pero fue así.

—Sigo pensando, pesquisa, que está usted loco. Según mis noticias, el revisor declaró que ella y míster...

—Sé todo eso, Moore —interrumpí—, y sé que es cierto. Discutieron. Stivell le pedía esos dólares, pero ella se los negó, lo que era lógico. Sospecho que Babs le diría poco más o menos que alguna persona de su absoluta confianza se los había llevado, acusándola a ella, lo que apuntaba a usted de un modo directo, y para convencerle... Bueno, usted los oyó, sorprendió la reconciliación entre besos y caricias, y tan pronto como Stivell abandonó el tren, fue al apartamento de la muchacha y le pidió los billetes y que regresara a Nueva York con usted. Exactamente lo mismo que hizo Stivell. Babs se negó, y negó también el robo de los billetes, pero usted sabía que sólo ella había podido robarlos, ya que usted no había sido. Perdió los estribos cuando se le burló y aquello, unido al robo, a la codicia que los ciento cincuenta mil dólares habían despertado en usted, los celos hacia Stivell, también el recuerdo de la violenta discusión que habían sostenido en presencia de testigos..., y la mató, sabiendo que más tarde o más temprano la policía encerraría a Stivell como asesino.

—¿Sí, tipo listo? Entonces, ¿quiere decirme cómo diablos míster Stivell declaró a la policía que Bárbara le dio esos dólares?

—Fara mí es sencillo, Moore —dijo—. Era la única salida que tenía. Pobre, pero salida al fin. Eliminada esa posibilidad, era un punto a su favor, pero no quisieron creerle. Es decir, le creyeron, sí, pero con condiciones. Stivell la mató y luego se llevó esos miles, pero no porque Babs se los diera, sino porque él se los arrebató después de haberla matado; pero eso no es cierto y ambos lo sabemos. Por otra parte, no olvide que el arma homicida aún no ha sido encontrada.

—¿Y sospecha que la tengo yo?

—Aún no lo sé. —Desvié los ojos hacia la maleta y pregunté—: ¿Puedo ver su contenido?

Moore sonrió.

—No, no puede —dijo, lentamente—. Por otra parte, nada puede importarle.

—No, desde luego no, salvo en el caso de que en su interior estén ocultos los ciento cincuenta mil dólares pertenecientes a Stivell.

En aquel momento saltó contra mí, llevando la mano a la funda de la axila, pero disparé antes.

Moore lanzó una maldición, dio una completa vuelta sobre sí mismo y cayó de rodillas, soltando la automática que empuñaba para llevarse la mano al hombro herido, justo en el momento en que la puerta que daba acceso al *living* se abrió violentamente, y entonces los vi, y todos con las armas en la mano.

—¡Quieto, Moore! ¡No se mueva! Y tú, Pool, guarda la artillería, ¿quieres?

Frente a mí, Dick Barris, acompañado de cuatro de sus hombres, éstos de uniforme, y alguien más.

Un personaje que me observaba atentamente en tanto que mis ojos le miraban fijamente, sin un solo parpadeo, mientras que en mi mente se formaban infinidad de preguntas:

—¡Tú!

—Sí, claro.

Pero no estaba tan claro, por lo menos para mí.

Desvié los ojos hacia Barris.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunté.

Los otros estaban poniendo en pie a Moore cuando se me acercó.

—Oficial Dinorah Warren de nuestro departamento, pesquisa —dijo, burlón—. La pusimos allí para...

—Que registrara mi apartamento, ¿no? Muy listo, Dick, pero, como ya sabes, jamás vi aquellos dólares. Babs nunca me habló de ellos.

No respondió, ni yo añadí nada más al respecto.

Por su parte, Dinorah se mantuvo en silencio, pero no dejó de asaetearme con sus grandes y obsesionantes ojos.

—¿Cómo supiste...?

Se lo estaban llevando cuando respondió:

—Esa chica, Mónica Ferguson, nos llamó hace un rato. Nos explicó algunas cosas y empezamos a atar cabos. *Mistress Borden* o... Bueno, llamamos allí y les dimos un buen susto. No te habíamos visto y por eso vinimos aquí. —Miró a la maleta y preguntó—: ¿Sospechabas que...?

—Es lo que creo, Dick.

Tomó la maleta, examinó su contenido y luego se la pasó a uno de sus hombres.

—Esos ciento cincuenta son una prueba demasiado evidente —me miró, añadiendo—: No creas que no lo lamento, Pool. Para mí, y para el fiscal del distrito, Stivell era un buen sospechoso. El mejor. —Se encogió de hombros—. Otro día será.

Salimos.

La calle, los coches y el «Mercedes» de mi propiedad. Abrí la portezuela, luego de haberme despedido de Dick, sin rencor alguno, y me coloqué frente al volante.

Terminaba de ponerlo en marcha cuando Dinorah hizo lo propio y se sentó junto a mí.

Miré su minifalda, miré sus piernas de largos muslos y entonces preguntó, antes de que yo pudiera pronunciar una sola palabra:

—¿Me llevas?

Arqueé una ceja.

—¿A dónde, polizonte femenino? —pregunté a mi vez.

—A tu apartamento.

—¿Para qué?

Sonrió.

—Voy a quedarme contigo, ¿sabes? Pero antes deseo hacer una llamada telefónica.

—¿Vas a tratar de reunir cualquier clase de pruebas contra mí, Dinorah?

Su rostro se nubló.

—Soy un oficial de la policía, Pool, y me limité a cumplir una orden.

—¿Y para eso te dejaste... te dejaste...?

—Seducir por ti. Bueno, quizá fue así, aunque no estoy muy segura, ¿sabes? Ahora... ahora...

—¿Qué? —pregunté, al ver que se interrumpía.

—Bueno, tú eres uno de esos pesquisas inteligentes, ¿no? Pues

averígualo, querido, si no tienes suficiente con que me deje conducir por ti.

No respondí y embragué.

Rodarnos en silencio hasta una cabina telefónica; Dinorah descendió del coche, la vi entrar, tomar el auricular y marcar, y esperé.

Dos o tres minutos y a continuación vino a mí.

Me encontraba pensando en Mónica, que me esperaba en mi apartamento, y el problema que Dinorah me planteaba, cuando ella se acomodó a mi lado, diciendo:

—Ya no hay ningún problema, Pool, querido.

La miré a los ojos antes de arrancar.

—¿Qué quieres decir?

—Telefoneé a tu apartamento.

Solté un respingo.

—¿Y...?

—Le dije a Mónica que regresaba contigo, ¿comprendes?

No respondí.

Apabullaba con tanta inteligencia.

FIN

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.